



LA GOLONDRINA

UAN

3

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

AL 1
904
6
E45
Q662

4005

JOHN VAUGHAN
CONDENSED
LAWY

1851
P



1080021941



ITER PARA TVTVM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ES PROPIEDAD

Biblioteca «PATRIA» de obras premiadas.—TOMO I

LA GOLONDRINA

NOVELA ORIGINAL

DE

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO

TERCERA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

Capitula Atlorina

Biblioteca Universitaria

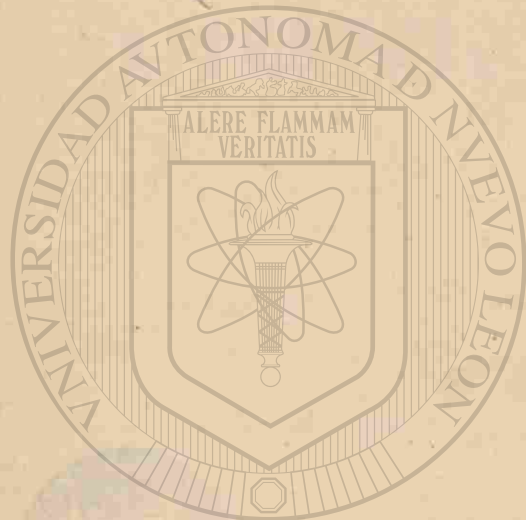
MADRID

Administración y Talleres, Granada, 9, Hotel.

1904

46656

296623
E45
56
1904



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA GOLONDRINA

I

—¡Sinda!... ¡Sinda!..

—¡Llamaba el señorito?

—Llamaba el señorito. Para decirte que á tu sobrino le voy yo á colgar de la cagiga más alta que haya en el monte. Se lo puedes anunciar si le ves antes que yo.

—Pues, ¿qué ha hecho el venturao?

—¿Que qué ha hecho? No se te habrá olvidado lo que nos costó conseguir para él la plaza de peatón...

—No, señor; no.

—A tí no dejarme en paz á ninguna hora, hablándome siempre de lo mismo: «¡Señorito, que se la birlan!» A mí marear á todos los amigos y pedir, por último, ese favor á un diputado que me debe dinero, lo cual es

010378

lo mismo que renunciar á que me lo pague nunca... Nada de esto has olvidado ¿verdad? Pues mira cómo lo agradece el peatón: entregando esta carta con dos días de retraso. Y es la tercera vez que sucede. Ya comprenderás que para esto no valía la pena de haber quitado el puesto al otro.

—Señorito, que era un borracho.

—Pues éste es un mandria, y más quiero yo un borracho que un mandria... Claro: el angelito vió que llovía y dijo: «Vaya, lo que había de contar hoy este papelucho, que lo cuente mañana.»

—De manera es que tan malos se puén poner los caminos que también pué esbarrégarse por el Cintón abajo.

—¡Qué lástima!... —Pues si en Junio hace esto, dime tú qué va á pasar en invierno.

—El otro, dice usted... Por Dios, señorito, si traía las cartas oliendo á vino que tumbaban.

—Peor es que huelan como ésta, á puchero de enfermo.

—Eso cuando no las perdía.

—Más vale que se pierdan que no que lleguen tarde... En fin, da gracias á que, tarde y todo, trae este pliego la noticia que trae, que sinó, te juro que cumplía mi amenaza. Pero hoy es día de alegrarse todo el mundo, y no de colgar á nadie. Ahí tienes, ya se me pasó la coragina... Ea, ahora á tratar de remediar el mal que ha hecho ese

ganso. ¡Tú sabes, viejuca, quién va á venir? ¡No lo adivinas?

—Sí, señor; con sólo mirarle á usted. Por que no pué ser otra más que ella.

—¡Ah, qué penetración tienes! Por algo te he elevado yo al alto puesto que ocupas en Palacio.

—¡Qué gusto, ver otra vez á la señorita Mercedes! A la *Golondrina*, como usted la llama.

—Y ver á su tía, mujer. Pues ¿qué te ha hecho la pobre señora?

—Nada; antes al contrario. Es que... Doña Anita es muy buena, ya lo creo que es buena, de lo mejor; pero.. vamos, que como Doña Anita hay más, y como la señorita... ¿como la señorita no hay más que ella!

—¡Chocal!

—¿Porqué choca?

—Digo que me des la mano: estamos conformes... Conque á ver, á arreglarlo todo, á disponerlo todo, ¡á engalanar la casa, que viene la *Golondrina*!

—Y ¿cuándo llegan, señorito?

—No se sabe, pero muy pronto. ¿Qué es hoy? ¿Lunes? Pues yo creo que para el viernes están aquí. De todos modos, ya me dicen en la carta que me avisarán por telégrafo la salida de Madrid: por el del ferrocarril. Ya sabes que el jefe de estación me manda un propio en cuanto hay un parte

para mí. Conque á mover ese cuerpo, para prepararlas un digno recibimiento.

—Ya ve que todos los años se ha hecho.

—Sin embargo, siempre se nos olvida algún detalle... ¡Claro! Como para mí todo está bueno y aquí, en el monte, vivimos como fieras.

—¡Señorito! ¡Como fieras!

—Poco menos... Y, además, como ese pillo de cartero nos ha robado dos días... Suponte tú que hiciera falta alguna cosa de la ciudad: pues no hay tiempo de traerla.

—Si no hace falta nada.

—Dios lo quiera... Vamos por partes. En el gabinete de la señorita, ¿estará todo en regla?

—Todo. Ya sabe usted que esa habitación no se usa pá nada, ni allí entra nadie, como no sea la Rosuea ó yo pá limpiarla.

—¿No se habrá roto nada, ni se habrá estropeado? Dime: ¿no se habrán deslucido las cortinas, el pabellón de la cama...

—¡Si todo es nuevo, como aquél que dice!

—¡Nuevo! A tí todo te parece nuevo. No te fijas en que por estas alturas no pasa el tiempo: sin duda no se atreve á subir hasta acá... ¡Nuevo!

—El año pasao se compró todo, cuando iban á venir las señoras.

—Sí, eso es verdad; pero á lo mejor resulta que ya hay otra moda. Sabe Dios lo

que se estilará ahora por allá abajo. Les va á parecer una birria.

—¡Una birria, con lo que le debió á usted costar poner el gabinete como está! Acuértese, señorito, que estuvieron todo un mes trabajando ahí los tapiceros y los pintores. Ya sabe usted que hasta gente de Madrid ha venío á verlo, y buscando empeños pá que usted se lo enseñara.

—Yo quisiera haberla dado este año una sorpresa... En fin, ya no tiene remedio. ¿Dices que todo está bien?

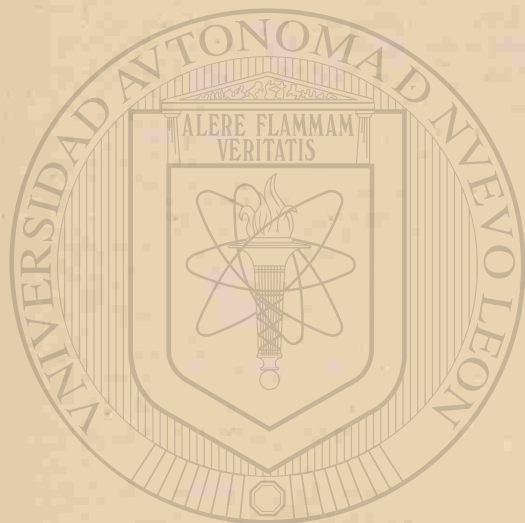
—Como si acabaran de ponerlo.

—No me fío; voy á enterarme por mí mismo.

—Venga usted, se lo enseño.

—No: tú vete á avisar á Hilario. Que venga aquí enseguida, que tengo que hablarle.

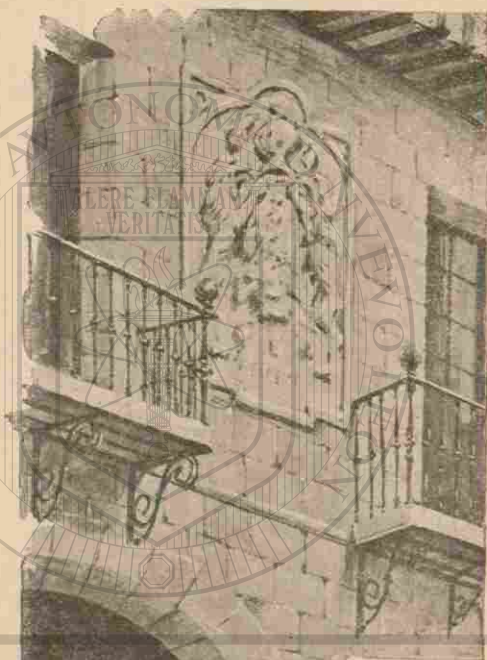
Y, en diciendo esto, Pedro salióse por una puerta, que á la mano derecha se abría, de la estancia en que había pasado este diálogo.



La escena representa una casa vieja de señor en la Montaña, en lo más alto de la Montaña.

Era una mole casi cuadrada, avara de huecos en los muros del norte y del vendabal, los dos lados por donde viene la muerte, esto es, el viento á quien basta una rendija para meter en la casa todo el frío del Polo, y el otro que azota la fábrica con las disciplinas de la lluvia, hasta pudrir y deshacer cuanto no fuere piedra, y piedra tan dura como la de estos sillares.

La fachada del sol abría, en cambio, á éste amplios ventanales por donde entrara á calentar las entrañas al caserón. Verdad es que era también la que daba sobre el ca-



mino, y que algo se debía á la vanidad solariega de sus dueños. Rompían en lo bajo este

muro dos arcos regulares, de los cuales sólo uno era practicable en los días en que pasa

esta historia de la *Golondrina*; el otro estaba tapiado, y no abría más ojo que el de una ventana cuadrada, con reja en cruz, por donde entraba la claridad á la cuadra, construída en un trozo robado al primitivo y anchuroso portal. El piso primero ostentaba dos enormes balcones de anchos huecos y formidable barandaje de hierro, exfoliado ya á partes como un hojaldre, por la acción combinada del orín y los años, y decorado en los ángulos del balaustre por gruesas bolas del mismo metal. Entre ambas aberturas de balcón se espaciaba á su sabor el escudo de armas, tan grande que los leones que le tenían eran casi de tamaño natural, y, á estar mejor labrados, lo mismo ellos que un hombrón á caballo que en el blasón figuraba, hubieran puesto miedo al que de pronto se asomase y los viera tan de cerca. Un balcón único, pero con tres salidas á su recinto, corría, en fin, á lo largo del cuerpo superior.

La escalera era ancha de dos varas, de piedra en su primer tramo, de madera en el segundo, flanqueada en aquél por maciza balaustrada de piedra, y más arriba por una de hierro. Andaba mal de luz; así que de un cuadro que pendía de la pared, sobre el primer descanso, sólo se distinguían algunos manchones claros: la grupa de un caballo blanco, un á modo de albornoz ó manto de cruzado, que flotaba en el aire como puesto

á secar, y pocos más pedazos. Ello debía ser cosa de batalla, ó entrada triunfal de algún rey ó famoso caballero... La escalera iba á estrellarse bien pronto contra una pared encajada, en la que se veía una puerta por donde se entraba al piso principal.

Eran en él las piezas más importantes el salón, cuya puerta se hallaba frontera á la de ingreso en el piso, y la habitación contigua—que es donde acaban de hablar Pedro y su vieja ama de llaves—gabinete, despacho, biblioteca, y hasta comedor en ocasiones, del dueño de la casa, y casi único cuarto que habitaba, fuera del inmediato dormitorio.

El salón no lo estaba de ordinario sino por las venerandas sombras de aquellos ilustres varones cuyos retratos colgaban de los muros. Alineábanse por riguroso orden cronológico. Empezaba la serie por un caballero del tiempo de Felipe II, la barba apuntada, pelona la cabeza, según dejaba ver por los lados una especie de flan requemado con que la cubría, y acababa en el penúltimo Rudagüera, el cual era un guapo mozo, vestido con ajustado frac de abultada armadura; aparecía todo afeitado, y era fino y alargado de cara. Algo tenía de Martínez de la Rosa. Entre ambos extremos de la linajuda fila se *acaldaban* hasta nueve ó diez lienzos más, en todos los cuales destacábase como detalle común, excepto de uno

en que se representaba á un guerrero, la nota blanca de las valonas ó los cuellos de Milán. Casi todos ostentaban al pie, en cuatro ó cinco renglones de letras blancas, el nombre y dignidad ó empleo del retratado, que solía ser del *ábito de Calatrava*, y de dos ó tres de ellos se consignaba haberse hallado en algún hecho de armas. Simpática galería; rostros en su mayoría nobles y bien compuestos; medianas pinturas, salvo dos, de una de las cuales se decía que era un *Coello*.

El mueblaje actual de la estancia era viejo, mas sin llegar á *antiguo* y, por lo tanto, á venerable. Ocupaban el testero un paizudo sofá y dos butacas, puestas una enfrente de otra en la línea anterior al sofá, en esa clásica disposición que simula la de una persona incivil que, tumbada á la larga, recibe la visita de dos señoras gordas y algo despatarradas.

Mucho más sabor y arte que el salón—aun á pesar de sus retratos—tenía la cámara en que solía parar Pedro. Eran allí artísticos hasta el desorden y la incoherencia mismos de los muebles y demás objetos. Junto á un sillón de cuero con respaldo tallado, una *chaise-longue* de terciopelo amarillo; una típica mesa de grueso tablero, ya mordido en los bordes, con tirantes de hierro y patas salomónicas, y al lado uno de estos muebles típicos de ahora, que yo no

sé si era juguetero, mesa-ayudante, ó lo que era. Una elegante librería moderna encerraba en extraño consorcio unos tomos viejos de Doña María de Zayas y un libro de D'Annunzio... Ni faltaba el indispensable vargueño, que cuando es *de verdad*, esto es, cuando ya le había en casa, está muy en su sitio.

Pedro, en fin, había acumulado en aquel gabinete cuanto de la casa le era útil ó agradable, sin cuidarse de casar estilos, y atento sólo á tener á la mano todo lo que necesitar podía para su comodidad ó su deleite. Veíanse aquí y allá, apoyados en las paredes, estorbando otros sobre mesas y sillas, armas y pertrechos de caza, libros en montón, unas peras muy gordas puestas á madurar, cartuchos, á lo mejor una corbata, y, pasando y repasando entre todo ello, un lebel, el favorito, que lo mismo se espulgaba sobre el diván amarillo que plantaba la pata sobre una edición gótica.

III

Era Pedro de Rudagüera de hidalga y hermosa catadura, señor en su porte y sueltos modales como en la lealtad de su mirada, bien puesto de barba y bigote, que ya en algún punto caneaban; alto, musculoso, y ni magro ni obeso. Andaba por los cuarenta y cinco; pero andaba sus áridos senderos con tan gallardo ademán como pudiera por los caminos de rosas de los veinte.

A esta gentil arquitectura correspondía por dentro un noble espíritu, generoso y valiente, virtuoso y firme; aunque debe advertirse que tan excelsas cualidades sentíanse, á trechos de tiempo, como aprisionadas, ó coartadas al menos en su acción, por una rara dolencia moral, un extraño afloja-

miento de la voluntad, que hacía que el oro fino y brillante de aquella alma apareciese entonces como velado por una ténue capa de polvo. En suma, Pedro era de humor melancólico, y, aunque su sano régimen de cazador y de continuo comercio con la Naturaleza evitáranle en lo general las grandes caídas del corazón, no acertaba el hidalgo á impedir que una piedrecilla cualquiera revolviese á lo mejor aquel légamo del fondo, y le enturbiase momentáneamente las aguas de la vida.

Este tipo moral de hombre es el que con más viveza recibe, no tanto las impresiones alegres, francamente alegres, como las plácidas, las mansas, las que nacen, por ejemplo, del sincero afecto de los otros. Almas siempre dolidas en el fondo, aunque por pudor ó por orgullo suelen aparentar serenidad, agradecen como ninguna otra lo que es blandura y consuelo, lo que tenga suavidad de mano materna catando una herida nunca del todo cerrada. Pero en nadie como en ellos son estas mismas impresiones corredores que lleven al hombre á perecer en los hondos abismos de la pena.

Los afectos humanos son inconstantes. Fuera de aquellos grandes amores engendrados por los lazos de familia ó engendradores suyos, la afición que nos tienen las gentes suele abrigarnos como los rayos del sol, mientras toca el turno á nuestra venta-

na. Cuando nos hemos hecho á su halago y más encariñados estamos con su dulce calor, poco á poco se nos huye, y bien pronto le vemos alegrar los balcones del vecino. ¿Qué hacer? La vida es mudanza, y sólo queda por averiguar porqué existen almas que no se mudan, ni saben buscar un nuevo sol cuando la sombra del desdén ó la indiferencia cae, como noche, sobre ellas.

De este temple son esos desconsolados espontáneos como Pedro. Escarmentados y maltrechos, acaban por huir, como de un peligro, de toda naciente simpatía, de todo afecto niño que ven esbozarse en su corazón, y se amparan de los antiguos y probados, intentando llenar con ellos aquel infinito espacio de su espíritu. Por eso, sin duda, no hay quién como estos tristes ame cuanto es del hogar: padres, hermanos, los sillares de la casa y los árboles del huerto. Para estos hombres guarda la Naturaleza misteriosos bálsamos, sólo patentes á quien los ha menester. Los demás mortales pasan junto á ellos como pasa el ignorante junto á la planta milagrosa, la cual el herbolario sabe distinguir y aprovechar. A éstos escucha el bosque como confesor ó como médico; á éstos cuenta la mar la razón de su inquietud eterna, porqué no para ni se aquieta, y, aunque la bese el sol y el viento la respete, siempre suena su quejido en la playa; para éstos escribe el cielo nocturno, como para

los viejos augures, sus frases de estrellas...

Por eso aman casi todos vivir en el campo. Pedro había hecho, cuando mozo, larga residencia en Madrid, donde había tenido el lugar que merecían sus honrados apellidos, su claro entendimiento y hasta su buen tallo. Mas á poco de doblar el cabo de los treinta, junto al cual suelen ser más recias las borrascas, y quizá herido por alguna de ellas, el caballero montañés acogióse á sagrado y no volvió, sino en raras ocasiones y por pocos días, á poner los pies en la corte. Si algo grave le sucedió en ella, nadie lo supo: estos hombres no tienen confianza. Otra cosa es que su excesiva sensibilidad los venda á menudo, sacándoles al rostro lo que bien quisieran tener guardado.

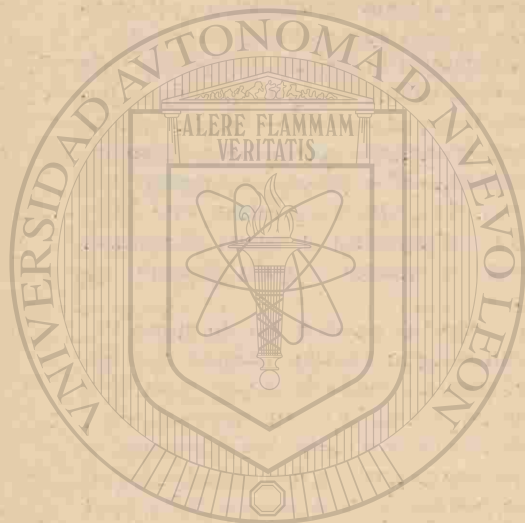
Aquí, pues, en la paz de su albergue aldeano, la vida de Pedro se deslizaba uniforme y serena, con la misma aparente monotonía que la vida de las cosas que le rodeaban. Y monótona aun en esencia hubiera parecido á cualquier espíritu menos educado y reflexivo que el de nuestro hidalgo, el cual, además, hallaba en los ejercicios de la caza y el largo cabalgar, y todos los otros á que da ocasión el campo, aquel soberano deleite que en ellos encuentra un cuerpo sano y vigoroso, un hombre dueño de sí por entero.

Con estos honrados gustos alternaba el de la lectura, y aunque ésta por lo común

contraíase á libros de imaginación, era lector escogido, y al par que su cultura le permitía gozar en toda su intensidad el sacro perfume de los viejos autores, su amplio y generoso criterio le llevaba á adquirir todo lo nuevo cuya fama llegaba, traída por diarios y revistas, al escondido rincón montañés. Nada rechazaba por sistema; solamente no pasaban de su puerta lo inmoral y lo soporífero. No pedía á los libros sino honradez de pensamiento y buena literatura. Ignoro si es mucho ó poco lo que les pedía...

Mas á todo iba ahora á dar de mano Pedro durante algún tiempo, á libros y á escopetas. Había sonado la dulce hora que todos los años sonaba en su perezoso reloj, y por espacio de tres meses las alimañas del monte podían vagar tan descuidadas por él como las polillas y otros bichos bibliófilos por los estantes del gabinete.

La carta de que había hablado á Sinda su amo venía de Cádiz y suscribía una cierta Anita, señora ya madura, ligada por antiquísimas relaciones de familia con la de Pedro, y que, según costumbre de hacia tres años, disponíase á pasar en casa de éste, y acompañada de su sobrina Mercedes, la temporada de verano.



IV

Cuando Sinda se disponía á cumplir la orden de su señor, esto es, á salir de la estancia para avisar á Hilario, apareció éste en la puerta.

¿Que qué oficio desempeñaba Hilario en la casa? Difícil sería definirle. Él tenía horas de hortelano, horas de caballerizo, sus ratos de mayordomo y sus días enteros de ganadero y feriante. Éralo todo, y además buena persona de los pies á la cabeza. Había pisado la raya de los cincuenta, y pienso que de ellos lo menos cuarenta había servido á su único, absoluto é indiscutible señor Don Pedro de Rudagüera: de niño, divirtiéndole; de hombre, cuidándole la hacienda y la buena fama. Su historia es la

sabida historia del criado fiel, nacido en la casa, atado á ella de por vida por el doble lazo del respeto y el cariño, á quien no pesa su servidumbre, porque el servir á buen amo es libertad para el alma honrada.

Entró, pues, Hilario, como queda dicho, y preguntó á la vieja:

—¿Onde está el amo, Sinda?

—Ahora viene. A buscarte me había mandao.

—Pues en ese viaje ya no te come el lobo—repuso el criado, apoyando ambas manos sobre el mango de una azada que traía, y quedando en la actitud de «en su lugar descansan».

—¿No sabes?—le dijo Sinda.—Van á venir las andaluzas.

—¿Cóila!... ¿Cuándo vienen?

—El viernes creo qué. Hoy ha cogido carta el señorito.

—Me alegro yo de eso; mira tú.

—Y yo.

—Buena gente son. Sobre tóo, la más moza. ¡Vaya un genial bueno que tién!

—Y lo divertía que es.

—Que á su lao no hay penas, mujer. Aunque uno tenga la entraña comía de ne-grura, tóo se le espaae á uno en viéndola. ¡Si no parece más sino que sale el sol por aquella cara! En tres meses ú menos que para aquí, deja alegría en la casa pá tóo el año... Pues esta vez vienen más pronto

que las otras. Y ¡dices que llegan el viernes?

—Eso cree el señorito... Oye, Lario, ¿cuánto habrá de Cádiz aquí?

Rascóse Hilario la cabeza, levantando un poco por detrás el sombrero que la cubría, y contestó:

—Nunca allá estuve, pero me recelo que han de ser muchas patás las que hay que dar.

—En esos demonios de trenes se plantan acá enseguida.

—También es verdá... Estará muy contento el amo ¿eh?

—Como que ya no le cabe en la casa. Y tóo le parece poco pá osequiarla.

—Pá osequiar á la *Golondrina*. Y que le va bien el mote, porque como las golondrinas vién ella pacá en cuanto asoma el buen tiempo, y como ellas se marcha en cuanto Pico-Jano se pone la montera.

—Y como la de ellas—añadió Sinda—nos alegra su venida. ¡Dios la pague tóo el bien que hace. Pá cada uno tién su cosa que darle. ¿Ves esta falda, Lario?

—Güena paece.

—Ella me la dió. Y todavía tengo otras dos sin estrenar; ná, que me ha vestido pá mientras viva.

—No quedrás creerme, Sinda; pero más estimo yo lo que me dice cuando al marcharse me da lo que me da, que tóo lo que

me da. Como coger la primera fruta es el oirla. Pero ¿tú sabes? Si el año pasao hasta me alargó la mano.

—¿A ti? —preguntó Sinda algo asombrada.

—A mí... Bueno, te alvierto que á mí me da la mano mucha gente... Pues sí, me la dió: yo no sabía qué hacer con aquel peazuco de nieve entre estos callos. Decía yo: si apreto, se va á deshacer; si no apreto, va á paecer que desairo.

—Al señorito no les cura de murrias pá seis meses.

—Mucho beneficio le haz. Porque al fin, aunque tenga tóo este regalo que él tiene, el hombre que vive sólo siempre tira á la malencolía. El se entretiene de lo bien con su escopeta y con sus librotes; pero ya sabes que á lo mejor le acomete el humor negro, y se pasa los cuatro y los seis días sin salir de su cuarto.

—Eso le viene de casta. La difunta su madre era lo mismo: tan buena como él, que es tóo lo bueno que se pué ser, pero con ese mismo achaque. Ello es como una pena que les da de pronto, sin saber por qué ni porqué no.

—Pá mí es del hígado —dijo con mucho aplomo Hilario.

—No te diré. Lo bueno es que se les pasa tan aina como viene. No hay más que dejarles. Ya ves tú si yo les habré cogido

el aire en sesenta y dos años que llevo comiéndoles el pan.

—¿Cóila! Pues ¿cuántos tienes, Sinda?

—Muchos, hijo. Pá mi aquél, poco me ha de faltar pá los cuatro duros. Tú figúrate que me acuerdo, como si fuera hoy, de cuando nació el padre de la señorita Mercedes. Su familia y la del nuestro señorito eran, como aquél que dice, una sola.

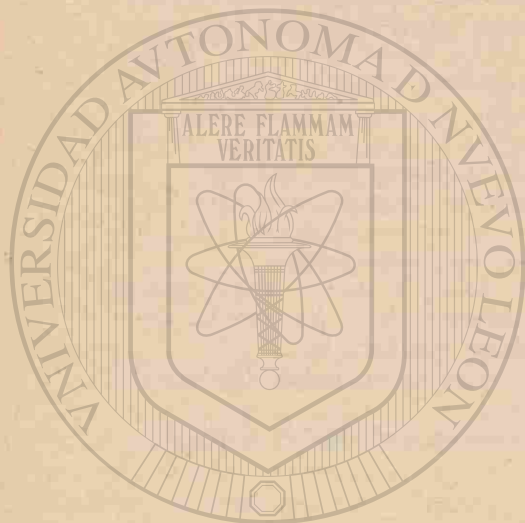
—Y hasta hay algo de parentesco. ¿No?

—Como parentesco no sé que haiga, pero siempre se han querido mucho.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que si hasta la presente no le ha hubido, el día menos pensao pué haberle.

—Si te he de hablar verdá, también yo lo barrunto.

—Calla ahora, que viene el señorito.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

V

Y venía, en efecto, el señorito, un poco airado, con ese gesto de quien se cree obligado á reñir, pero no sabe de puro contento que está. Pedro, pues, se encaró con Sinda, accionando y hablando como un cómico malo.

—¿No te decía yo que siempre ha de haber alguna falta? Una de las puertas del armario de la señorita no cierra bien: la que tiene espejo. En cuanto uno la toca, se pone á chillar como si mataran á su padre.

A lo que contestó Sinda:

—Ello, chillar toas chillan.

—Pues yo no quiero que ésta lo haga, ea, porque eso es muy feo. Así es que enseguida vas á engrasar las visagras.

—Ahora mismo—dijo la sirvienta avanzando hacia la puerta.

—No; espera un poco, mientras despacho con éste—replicó el amo.

Y, volviéndose hacia Hilario, iba á hablarle, cuando, adelantándose éste respetuosamente, dijo á su señor estas razones:

—Yo entraba á enterar al señor de una cosa, pero me ha dicho ésta que preguntaba el señor por mí; conque me dije entonces, digo: «Pues quiere decirse que primero es en mí oír que hablar».



—Vamos á ver—preguntó Pedro.—¿Sabes ya que espero á las señoras de Cádiz?

—Sabedor soy por ésta.

—Bueno, pues... Hombre, ya podías haber dejado abajo la azada.

—También es verdá.

Salió al pasillo el pobre Hilario y dejó la azada tras de la misma puerta de la estancia.

—Un día—siguió Pedro—vais á meteros aquí con el carro. La culpa la tengo yo, ya lo sé... Hay que tener más cuidado en adelante. Y otras formas. ¿Qué dirá la señorita Mercedes, hombre, ella que es la esencia de lo...

—Ah, por esa no me da á mí cuidao, que bien parcial es.

—¿Que sí lo es?—asintió Sinda.

—Justo,—repuso Pedro, fingiéndose más enojado de lo que estaba—y por que ella sea parcial, vamos nosotros á ser groseros.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—Tienes que hacer dos ramos de flores, lo mejor que sepas... Sobre todo el uno: que tenga muchas rosas de aquellas blancas de abajo. ¿No sabes?

—Vamos, de las que están á esta mano conforme vá uno pá la puerta verde.

—¡Ay, sí! ¡De esas!—interrumpió Sinda. La señorita se parece por ellas.

—¿Onde se van á poner los ramos?

Dígolo pá saber el tamaño.

—En ninguna parte.

—¡Cóila!

—Esos los llevaré yo para dárselos en la estación.

—¿Y las señoras van á venir cargáas con ellos hasta casa? No, señorito: eso no lo consentirá nunca Hilario Crespo.

Mientras Pedro soltaba el trapo á reir, metió Sinda la cucharada diciendo:

—No seas bruto: si eso de darlas el ramo es á modo de un obsequio.

—Ah, bueno... Pero eso, con perdón del señorito, no es ser bruto, sino ignorante de los usos de fuera.

—Tienes razón, hombre... Otra cosa. ¿Tú sabes dónde para el armazón de aquel arco que pusimos el año pasado á la entrada de la huerta?

—En el desván le vi este día pasao.

—Pues hay que bajarle; pero le vamos á vestir de otra manera: ya verás lo que se me ha ocurrido.

—Entonces quiere decirse que no hago nada en él mientras no baje el señorito.

—Eso es.

—¿Tú el señorito alguna otra cosa que mandarme?

—Seguramente, aunque por ahora no se me ocurre más... Ah, sí. Dime: el *Morito* estará hecho una fiera ¿eh?

—Viciosón andará, porque como el señor no deja que nadie le monte...

—Nadie: es sólo para la señorita. ¿Le montó ella una vez? Pues ya es suyo.

—Siempre tendremos un disgusto si no se le castiga antes una miaja.

—Le daré yo una vuelta esta tarde... Bueno, ya puedes irte.

Hilario no se fué, sino que, haciendo girar el sombrerón entre las manos, dijo:

—Yo venía antes á decir al señor...

—Ah, es verdad. ¿Qué tenías que decirme?

—¡Que esto no se pué aguantar, señorito! Otra vez han estao ahí los del Molino, sobre dos gallinas que dicen que les mató ayer con el *otromóvil*.

—¿Con cuál otro?

—Bueno, como se diga. A este paso le va á salir más caro el chisme ese... ¡Embusteros! Pues ni que fuera el señorito montao en una garduña.

—¿Ayer?—dijo Pedro como haciendo memoria.—Eso no debe ser cierto.

—¿Qué cóila ha de ser cierto?

—En fin, págaselas: hoy no se riñe aquí con nadie.

—No las pague, señorito. ¡Cóila, que es un abuso!

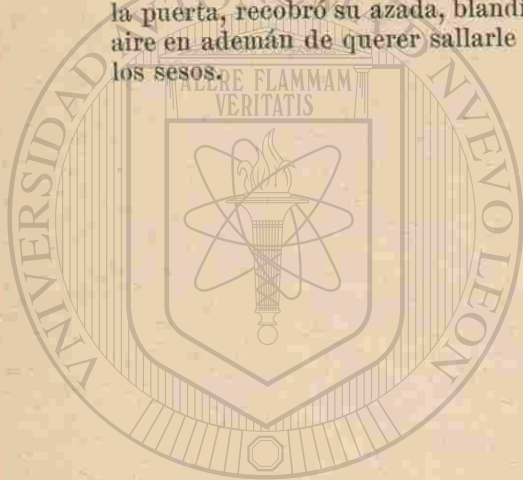
—Pues haz lo que quieras. Lo que importa es que pongas muchas rosas de las de abajo en el ramo.

—Descuide usted —contestó el mayordomo dirigiéndose hacia la puerta.

Y por lo bajo iba diciendo:

—¡Como no pague yo! ¡A robar á Sierra Morena!... ¡Pillos!...

Y cuando, separando un poco la hoja de la puerta, recobró su azada, blandiéndola en el aire en ademán de querer sallarle á alguno los sesos.



VI

Pedro hizo de aquella actitud de Hilario el mismo caso que de todo lo demás que no tuviera que ver con el recibimiento y hospedaje de las viajeras, y siguió desarrollando, á solas con Sinda, el enredado plan de sus preparativos.

—A tí, Sinda, te encargo que cuides mucho de la cocina. Por Dios, no me dejes á la Ritona de la mano. No es porque ella la tenga del todo mala; pero necesita dirección, bien lo sabes... Ya se ve: como para mí nunca ha habido asado duro ni salsa mal batida... Pero las circunstancias son ahora muy distintas, y en lo que se ha de conocer la buena casa es en la mesa; no en su lujo precisamente, porque un lindo mue-

ble, un servicio costoso, los puede tener cualquier rico: solamente el señor es quien tiene un plato bien sazonado.

—Tocante á eso, señorito, la casa de los Rudagüeras nunca tuvo que cubiciar lo de nadie. En tiempo del difunto su abuelo...

Pedro, que vió venirle encima todo un capítulo de historia doméstica, se puso á cubierto con estas palabras:

—Bien, bien; cierra la Crónica, que ahora no hay tiempo de leerla... Es preciso hacer memoria de cuáles eran los platos que ella prefería... Quiero decir que preferían las señoras. La *Golondrina* come poco, pero á tiempo; esto es, en su sazón. ¿Qué piensas preparar para el viernes, por si acaso llegan? Vamos á ver... Ah, lo que no has de olvidar es el pastel de maíz; le elogió mucho el último día.

—Sí, ya me acuerdo. Pues se puede poner... Los cocidos no se quitan ¿verdad?

—No, señor: la tierra debe recibir á las gentes con su estilo propio. Pero el cocido será en nuestras comidas de ahora una mera fórmula; es la tradición, que se presenta á saludar á las forasteras, y enseguida se retira por el foro... Me parece que esto de la tradición no lo has entendido muy bien. Adelante.

—Podemos poner... Mire que lástima: hoy había buenas truchas. Si me las volvieran á traer el jueves...

—Encárgalas hoy mismo.

—Pues si las hay, las podíamos poner con aquella salsa que nos enseñó el señor de Gomar... ¿no se acuerda?... cuando vino aquí á sacar aquella vista.

—Hombre, sí. ¿Qué rica estaba! Las dos cosas: la *vista*, como tú dices, y la salsa... ¿Os acordáis bien de la receta?

—Creo que sí. No viene á ser más que una *bayonesa*.

—Mayonesa se dice, abuela.

—Sólo que verde—siguió la vieja, sin parar mientes en la lección filológica—porque se le añade el jugo de unas hierbas.

—Sí, y ¿dónde están las hierbas?

—Las tengo yo guardadas. ¿No ve que por aquí no las hay frescas de esas? Son cosas que sólo tienen los franchutes. Pero las hay de conserva, y toavía ha de quedar una lata.

—Me parece bien la idea.

—Pá detrás... ¿Qué le parece pá detrás un pato á la florentina?

—Pero, mujer, tú estás loca. ¿Dos salsas en una comida!... Mira, Sinda, tú eres la flor de las amas de llaves, el cogollito; pero no sientes la cocina. Nada, está visto que no la sientes.

—Señorito, pues yo creo...

—Lo mejor será que por hoy le perdones la vida al pato, y nos pongas un rosbif en aquel punto que tú sabes. Ahí tienes, lo

mismo digo una cosa que otra: en eso del rosbif no hay quien te ponga el pie delante.

—Tal maestro tuve.

—Pero nos le has de hacer tú, no Ritona.

—Usted no cavile en nada, señorito, que tío estará como deba estar.

A este punto llegaba el diálogo, cuando se coló en la habitación una linda chiqueta, trayendo abrazado un montón de sábanas, cuidadosamente dobladas y dispuestas como para su colocación en un armario, la cual, encarándose con Pedro, le preguntó de golpe y muy alegre:

—Señorito, es verdad lo que dicen abajo?

—¿Qué dicen abajo?

—Que viene ya la señorita *Golondrina*.

—¡Rosuca!—exclamó indignada Sinda.

—¡Habrás visto la mocosa! ¡Qué libertades son esas?

—Bueno, la señorita Mercedes. ¡Jesús, hija, siempre ha de estar usted rutando!

—Sí, Rosuca—contestó Pedro riendo:—es cierto.

La chiquilla, oída la respuesta, siguió su camino hacia el armario, saltando de gozo y diciendo en voz alta:

—¡Ay, qué gusto! ¡Que sí viene! Que sí que viene!

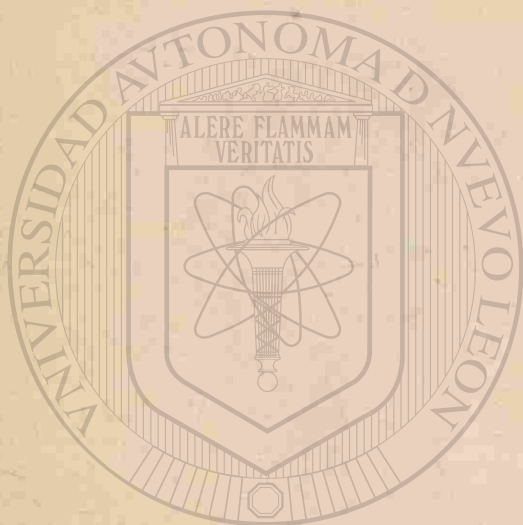
Y de puro gusto dejó caer del montón la

sábana que le coronaba, y que se desplegó por el aire en una larga tira.



—Ya tiró una sábana—dijo Sinda, recogiendo la pieza y echando tras de Rosuca.

—Es que... vamos... en diciendo que va á ver á la señorita... ¡Espera, torbellino! Recoge esto...



VII

Una hermana, la única, que tuvo Hilario, enviudó muy pronto, y no tardó la pobre en ir á buscar á su esposo, no sé si de enamorada ó de enferma.

De éstos nació Rosuca, que completaba —con la cocinera Ritona, el ama Sinda y aquella especie de Proteo doméstico llamado Hilario, tío y amparador de la chieúela— la servidumbre de la casa.

El mismo demonio era aquella Rosuca. Por parecersele en todo, hasta tenía cara de ángel... Pero no; no era el demonio la pobre, porque lo que hacía eran, á todo tirar, unas angelicales diabluras. Puede que, detenidamente examinadas, ni tales diabluras fueran, porque este juicio, si se ha de hablar

con verdad, está hecho á la luz del criterio de Sinda, y para Sinda era imperdonable delito el de romper con cantos y risas la angusta seriedad en que se envolvía, como en una tela vieja, la casa en que servían.

Ni se adivinaba, viendo á la chiquilla, que fuera capaz de aquel desenfado de que siempre la andaba acusando la vieja. Era Rosuca, cuyos años no pasarían de diecisiete, una hermosura genuinamente montañesa, de rostro soñador y pensativo, casi triste; tez pálida, no con palidez de enferma, sino de musa; ojos claros, entre azules y garzos en que parecía ponerse el sol de una tarde de otoño; la nariz perfecta; la boca un poco grande, algo desdeñosa, roja y fresca como el corte de una granada. Una madeja hermosa de pelo rubio, con mechones dorados hacia las sienes, coronaba aquella gentil cabecita, modelo de gracia melancólica. Había una castidad como de diosa en todo su cuerpo, de líneas poco acentuadas, y sobre el que se plegaban los paños con severidad de escultura, sin desparrarse nunca ni volandear con dejo liviano. Andaba la montañesilla con pasos que parecían no pesar sobre la tierra, y hasta cuando corría ó saltaba, que no era en raras ocasiones, jamás se descomponía el ritmo de aquella figura, en la que eran armónicos todos los movimientos.

Un poeta que la hubiera visto, al acabar

del día, cruzar lenta el bosque, derecha sin rigidez, algo echados atrás el busto y la soberana cabeza, como aspirando el indefinible aroma de los troncos, recibiendo, como reina, el homenaje de las hojas caídas á su paso para alfombrarla el camino; un poeta que así la hubiese visto, mientras se enrojecía el cielo y los montes se volvían intensamente azules, no hubiera olvidado jamás aquella aparición, que parecía la del alma del paisaje montañés. Y acaso se enamorara de ella con más humana pasión que la de la visión artística.

En cambio los mozos del pueblo gustaban poco de la interesante niña. Querían ellos la belleza femenina traducida á un idioma más claro, al de los carrillos rojos aunque tuvieran pecas, al de los brazos amorcillados y las caderas de púlpito.

Parecerá mentira, pero es muy cierto que Rosuca no tenía novio, y algunos domingos ni pareja en el corro. Aquellos Chiscones y Nardazos amenazaban dejar consumirse en la soledad de la braña el aroma y fino color de aquella clavellina montañesa, para ir á coger el clavel reventón, que abundaba por allí como pan de cuco.

Esta figura de Rosuca tenía un complemento. Era un gato, como en San Roque es un perro y en Dinorah una cabra; un gatito joven, atildado y pulcro, que hasta creo que se rizaba el bigote, con la suprema ele-

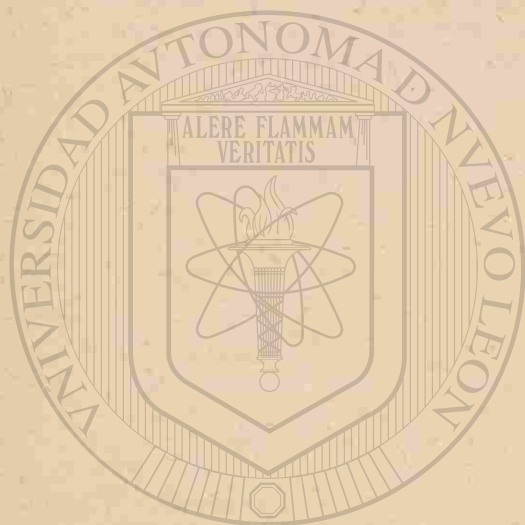
gancia de posturas propia de su raza, y que, siempre junto á la niña, con su paso cauteloso y fino, ó con sus airosos y acompasados saltos, continuaba en torno de ella aquella armonía *dinámica* que en la muchacha se ha ponderado. Cuando ésta hacendoseaba por la casa, el gato iba detrás, de cuarto en cuarto, de pasillo en pasillo; tras de ella andaba á la miés, tras de ella á la fuente, y cuando, sentada sobre un tajo en la cocina ó sobre una silla en el portal, co-sía Rosuca, el animal, caído á sus piés, parecía guardarla, ó bien la contemplaba como en adoración extática.

Entre el exterior de la aldeana y su espíritu había á la par gran conformidad y semejanza grande. Su entendimiento, sus gustos y preferencias, correspondían en un todo á su finura de facciones y de cuerpo; pero Rosuca no era triste ni ensimismada, como hacían temer aquellos ojos soñadores, aquel blanco color de su cara y todo aquel recogimiento de su figura cuando estaba en reposo.

De las buenas cualidades de Rosuca todos se aprovechaban en la casa como de la alegría del sol y del beneficio de la lluvia, esto es, sin saber agradecerlo bastante, ni tratar de cultivar aquel árbol hermoso: Pedro, por distracción y exceso de vida interior; Sinda, por su nativa vulgaridad de alma, aunque era buena y fiel como ella sola;

Hilario—más despierto que ésta y más obligado al empeño por su parentesco con la muchacha—porque sin duda esperaba que partieran del señor la iniciativa y el permiso para poner á Rosuca en ocasión de educarse como pedía su buen despejo.

Solamente la *Golondrina* era capaz de estimar en todo su valor el mérito de la niña, y aún de dar la correspondiente talla á tan bello diamante.



VIII

Al quedarse solo Pedro, después que hubieron salido Rosuca y Sinda, se creyó obligado á decir un monólogo, y comenzó de esta suerte:

—«¡Ah, caserón viejo, pobre caserón, triste y solo!... Todo lo que en tí vive se alegra al solo anuncio de que *ella* viene. Todo en tí parece que siente su aleteo... Una luz nueva, que entra por tus ventanas, hace huir hacia los rincones esta sombra de melancolía que parece flotar sobre el aire de tus estancias...»

«¡Ah, caserón viejo! Más fuiste siempre nido de tristezas que de venturas; pero Dios á todo acude, y nunca olvidó mandar su rayo de sol á cada generación de las que te

habitaron. ¡Dichoso yo que llego á ver éste que hoy te alumbra! ¡Dichoso yo que miro volar hacia mi tejado esta golondrina!»

«¡Todos en la casa vieja la esperan con ansia; cada uno la dispone su ofrenda, y todos la de su alma...!»

«¿Qué lleva en aquellas manos la dulce niña, qué divinas semillas deja caer de su falda cogida, cuando corre por estos riscos, que así hace brotar á su paso agradecidos y amantes? ¿A qué alma montañesa, por ruda ó por oscura que fuere, no ha herido con sus amores?»

«¡Lo tristes que se pondrían todos en la casa, y fuera de ella, si un verano llegara sin *Golondrina!*... El invierno montañés, tan duro por acá arriba, concentra la vida afectiva y va plegando en nuestros espíritus, para que todas quepan, ansias y ternuras. Pues todo esto se nos podría antes acá adentro por falta de empleo: era como un granero repleto, al cual nadie se llegaba nunca, del que nadie tenía necesidad. Ahora no; ahora lo guardamos para ofrecérselo á ella, como la tierra ofrece sus flores á Dios.»

«En todos ha impreso su huella; á todos les rozó el corazón con sus alas... Ninguno somos como éramos antes de conocerla. Ni el mismo cura, dicho sea con todo respeto, es el mismo de antes. ¿Si será bruja? ¡No, no es más que golondrina!...»

IX

El monólogo le interrumpió Rosuca, que atravesaba el gabinete de regreso de su faena.

Venía ahogando, por respeto al señorito, un salto que con muchísima necesidad le pedía el cuerpo. Quedó esto encomendado al inevitable *michino*, que hubo de dar tres, muy concertados y graciosos, con pretexto de cazar una hilacha sobre el zagalejo de la niña.

Pedro, al verla, compuso el rostro, que debía tener algo de simple como el de todos los que hablan solos, y la dijo:

—Oye tú, chiquilla. A ver si esta vez andas más viva que de costumbre.

—De cabeza sería yo capaz de andar por servir á la señorita.

—No es preciso tanto: bastará con que no te quedes embobada mirándola, como sueles hacer, sin ir á ayudarla, ni cogerle de la mano las cosas...

—Pero, señorito, ¿qué va á hacer una sino mirarla? ¡Si es tan guapa!

—¡Muy guapa!

A Pedro le pareció, en diciendo esto, que lo había dicho con demasiada efusión como que lo había dicho con toda su alma! y quiso quitar alma, añadiendo:

—Bueno; pero eso no es una razón para que te aleles de esa manera.

—¡Si es que cuando me pongo á mirarla aquellos ojos se me olvida todo! ¿Usted ha reparado cómo la relumbran?... Y luego, otras veces, se le quedan como mortecios... así, como tristes... pero más bonitos todavía; entonces parece que es... como si fuera por la tarde.

—Chiquilla ¿sabes que lo comparas bien? Antes no se te ocurrían esas cosas; yo creo que te va afinando la señorita Mercedes.

—De manera, señorito, que el que ande mucho á su lao y ná se le pegue de aquella finura, muy torpe tiene que ser. ¡Me ha enseñao más cosas!... ¿Usted no sabe cómo es cribía yo antes?

—No; pero me lo figuro.

—Le digo que lo mataba. Pues me ha en-

señao á poner unas cartas... ¿Y de labores? ¿Y de oraciones que ella tiene pá todo lo que ocurra? ¡Madre! lo que sabe!... ¿No se acuerda, señorito, cuando resultó que entendía de males más que el médico?

—Es verdad; bueno estuvo aquello—dijo Pedro, riendo al recordar el lance.

—Cuando estuvo malo el niño de la Elisa.

—Que sí, mujer; si fué muy gracioso.

—Don Robustiano, el pobre, no sabía por dónde se andaba, ni si iba por la miés ó por la carretera, hasta que la señorita Mercedes le dijo, dice: «Pero ¿usted no ha reparado que la calentura baja toás las mañanas pero el pulso está igual por la mañana que por la tarde?» Mire qué cosa: parece ser que en eso estaba todo el aquél de acertar ó no con lo que se había de dar al enfermo.

—Y desde entonces—añadió el señorito—empezó á mejorar.

—Pero fué mejor ¡madre, qué risa! lo del boticario. ¿No se acuerda? Cuando le enseñó á hacer aquel jarabe pá la tos... Ná, señorito, que si ella se pone á rezar delante, lo hace mejor que el señor cura.

—¡Jesús, que desatino! Vaya, vete, vete á cumplir con tu obligación... Ya sabes que tienes que ponerte tu cuellecito bien planchado, tus puños...

—Ya, ya.

—Verdad es que lo que sea presumir...

—Ya sé yo que la señorita no va á tener á su lado un pingo de criada, con lo arreglada y lo guapa que ella es. Mire que es guapa ¡eh, señorito?... El señorito debía casarse con ella.

—¡Eh?... ¡Chiquilla! ¿Sabes que tiene razón Sinda, que esas son ya demasiadas libertades?... Ea, largo de aquí. Pues hombre...

—Señorito, no se enfade, que yo no lo hice á mal hacer... ¡Madre, como se puso!

Tomó la chiquilla el camino de la puerta, y, ya en el dintel, dijo volviéndose hacia Pedro:

—Pues me parece á mí que no era ningún disparate...

Pero echó á correr por si acaso lo era.

X

La Ritona no hacía nada bien el chocolate.

Se creía clásica porque sabía y practicaba lo de las tres *herridas* que ha de llevar la poción, pero aquí terminaba su malicia en este punto, y era clásica al modo de algunos profesores de Humanidades, incapaces de penetrar la elegancia, por ejemplo, de Salustio, ó la sublime *bonhomie* de aquel tunante de Horacio.

Acaso la Ritona no *sentía* tampoco la cocina, como de la vieja Sinda había dicho su amo. Y eso que no puede negarse que en otros primores y atildamientos, que al antiguo fogón de los Rudagüeras trajera el paso de la *Golondrina*, la Ritona había en-

trado mejor y más pronto de lo que podía esperarse de sus años y de los que llevaba petrificada en los usos de la casa.

En el mal estilo de su chocolate nadie había reparado hasta que por primera vez hubieron de tomarle las forasteras. Pedro no lo probaba, pues había traído de sus viajes el relativo modernismo del café con leche por la mañana, y por la tarde bebía con el médico, que siempre llegaba á punto de descorcharla, una botella de cerveza. Solamente se hacía para el cura, y al cura debía gustarle aquella especie de cemento rojo, espesote y mal unido, pues nunca se le oyó quejarse de ello.

A la *Golondrina* le gustaba claro y muy batido, casi á la francesa, servido en tacita baja; en fin, como debe tomarle una golondrina. Ella misma había intentado hacer aprender el nuevo aire á la Ritona; más nunca acertó ésta á producir, y sobre todo á hacer duradero, aquel copete de espuma que alzaba la señorita, tan bien ligado que, á pesar de levantar más de un dedo sobre el borde de la taza, no se desparramaba jamás ni caía por fuera de ella.

Quien seguramente lo haría bien, en cuanto á ello se pudiese, sería Rosuca. Y, en efecto, Rosuca aprendió en un dos por tres, siendo enseguida propuesta por unanimidad para dirigir en adelante este negociado. La niña pálida adivinaba las cosas finas, y

en hacerlas ponía tal maña que no cabía sino pensar que había nacido para aquello.

Sólo funcionaba, sin embargo, como reina del molinillo durante el verano. Mientras él duraba y las andaluzas posaban en la casa montañesa, el señor cura se amoldaba á la innovación aquella, y cada tarde sorbía en silencio el contenido de su taza; pero en el seno de la amistad íntima, y en el abandono de las tertulias invernizas, había declarado que *aquello* parecía «el agua de lavar las jicaras.»

Esta tarde, la del día en que se recibió aviso de que venían las señoras, el buen Párroco llegó, como de costumbre á casa de Pedro, que aún andaba liado con sus servidores á encargos y prevenciones de todo género.

—Gran noticia, Don Marcelino.

—¿Para usted ó para mí?

—Para los dos.

—Pues venga la media satisfacción que me corresponde.

—¡Van á llegar!

—¿Las señoras de Cádiz?

—El viernes ó el sábado.

—Pues sí que es buena nueva. Ya se las echaba de menos... Vamos, siempre se las echa; pero más en esta época. Parece que son parte del verano, una de sus alegrías.

—¿Verdad que sí!.. ¡El chocolate para el señor cura!

Esto lo dijo Pedro gritando junto á la puerta.

No tardó en venir con el chocolate Rosuca, y D. Marcelino comenzó á desocupar el pocillo con aquella lentitud y perezoso deleite con que nos despedimos de un ser querido. ¡Desde el próximo viernes, «agua de lavar las jicaras!»

—Mucho alegran la casa y hasta la aldea, amigo D. Pedro. Particularmente doña Mercedes... ¡Lástima que les guste aquel chocolate tan claro!

—Pero, D. Marcelino, eso es una ridiculez. ¿Por qué no ha de consentir usted en que se lo sigan haciendo como le gusta?

—Porque no. Aunque rudo y hombre del monte, algo se me alcanza de cortesía, y eso sería faltar á ella, pues mi gusto pudiera parecer una reprobación del de las damas.

—Es usted el clérigo más fino que he conocido.

—Como que se cuele por el ojo de una aguja—dijo, llegando de pronto, Robustiano de la Llamosa, médico titular del pueblo.

XI

Hacía bien Robustiano de la Llamosa en ser más cazador que médico, porque allí poco médico se necesitaba ser para curar á los vecinos, y, en cambio, era muy conveniente, hasta por razones de seguridad personal, ser buen cazador. No se hable ya de los lobos, con los cuales casi se había familiarizado el titular, de tanto verlos salir á pedirle «un centimito» cuando volvía tarde á casa, sino del propio oso, de aquel oso que si suele ser un sueño *tartarinesco* para los cazadores de un poco más abajo, allá arriba era una señora verdad, con pelo y todo.

En su persecución era Robustiano el compañero indispensable de Pedro, y am-

Esto lo dijo Pedro gritando junto á la puerta.

No tardó en venir con el chocolate Rosuca, y D. Marcelino comenzó á desocupar el pocillo con aquella lentitud y perezoso deleite con que nos despedimos de un ser querido. ¡Desde el próximo viernes, «agua de lavar las jicaras!»

—Mucho alegran la casa y hasta la aldea, amigo D. Pedro. Particularmente doña Mercedes... ¡Lástima que les guste aquel chocolate tan claro!

—Pero, D. Marcelino, eso es una ridiculez. ¿Por qué no ha de consentir usted en que se lo sigan haciendo como le gusta?

—Porque no. Aunque rudo y hombre del monte, algo se me alcanza de cortesía, y eso sería faltar á ella, pues mi gusto pudiera parecer una reprobación del de las damas.

—Es usted el clérigo más fino que he conocido.

—Como que se cuele por el ojo de una aguja—dijo, llegando de pronto, Robustiano de la Llamosa, médico titular del pueblo.

XI

Hacía bien Robustiano de la Llamosa en ser más cazador que médico, porque allí poco médico se necesitaba ser para curar á los vecinos, y, en cambio, era muy conveniente, hasta por razones de seguridad personal, ser buen cazador. No se hable ya de los lobos, con los cuales casi se había familiarizado el titular, de tanto verlos salir á pedirle «un centimito» cuando volvía tarde á casa, sino del propio oso, de aquel oso que si suele ser un sueño *tartarinesco* para los cazadores de un poco más abajo, allá arriba era una señora verdad, con pelo y todo.

En su persecución era Robustiano el compañero indispensable de Pedro, y am-

bos organizaban, con el concurso de otros valientes del estado llano, temerarias batidas por aquellos vericuetos.

Fuerte, nervudo, de acero el músculo, la voluntad de hierro, Llamosa era propiamente el hombre del monte, de los lances arriesgados, de las atrocidades cinegéticas. La cara era toda barbas: le empezaban en los mismos ojos y le seguían cuello abajo hasta quien sabe dónde; mas por encima de aquel bardal asomábanse unos ojos inteligentes y serenos que templaban, hasta con luces de ternura á veces, el fiero aspecto de aquel rostro.

También su trato parecía tener barbas; púas, mejor. Ahorraba las palabras como en el monte los cartuchos, y hablaba en frases rápidas y secas: nunca echaba un párrafo. Pero, afable en el fondo y cariñoso con quien quiera, éralo más que con nadie con sus enfermos, aunque este cariño fuera más de obra que de palabra. Esta arma, la de la melosa conversación, tan útil al médico de la ciudad, no sabía manejarla ni para nada la había menester, pues dicho se está que entre su clientela no abundaban las histéricas á quienes arrullar, ni los neurasténicos á quienes convencer, *tout doucement*.

Ya digo que era poco médico, y que no necesitaba serlo más. En aquellas alturas la botica la lleva cada uno dentro de sí, en

sus amplios pulmones, en su potente estómago, en su sangre opulenta y roja.

En el tiempo al menos en que Llamosa ejercía allí su arte, toda indisposición gástrica se curaba con un vomitivo, toda molestia del arca con un parche; al reuma se le daba con ortigas, y al catarro con el jarro. En las cosas de cirugía tampoco era nada complicado el sistema curativo. Allí los colgajos de piel se pegan solos, y lo que sobra por aquellos campos de Dios son malvas para aplicar á toda hinchazón, estalle donde quiera.

Claro está que algo, y aun bastante más, se le alcanzaba y ocurría á Robustiano; pero comprendía que todo intento de modificar estos usos hubiera sido tan inútil como temerario. Váyales usted con lavados del estómago á los que no se lavan la cara... Mas no se crea que no tenía él también su terapéutica fina para cuando era del caso aplicarla, esto es, para cuando un cuerpo delicado reclamaba los auxilios de la ciencia; sólo que á Llamosa le pasaba con ésta lo que con la levita, que, como no la necesitaba sino rara vez, no cuidaba de renovarla y se le quedaba anticuada. Sabía, sin embargo, algunas recetas de pociones calmantes y antiespasmódicas, de esas que no harían mal papel ni á la cabecera de una reina. Y tenía, sobre todo, un depósito tan grande de sinceridad y buen sentido que valían por

toda la inflada erudición de varios de sus colegas, y que le aseguraban, en todo caso, contra el peligro de hacer una tontería... ó una enormidad.

Los habituales clientes de Robustiano gozaban, como se ha dicho, de una salud insolente, y de una tal fuerza de resistencia á las causas de enfermedad que diríase que, en llamando ésta en una casa, bastaba que saliera uno á darla un puntapié para que se marchase.

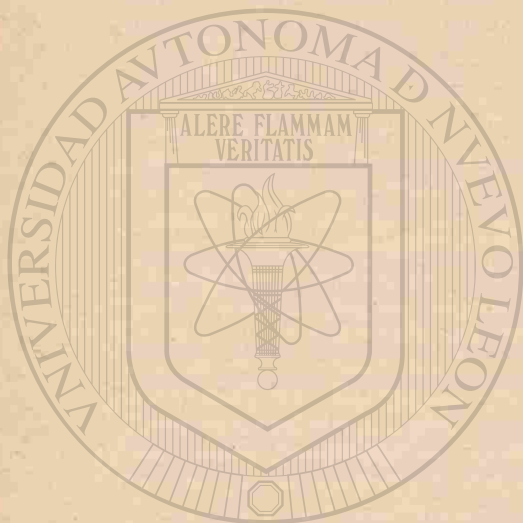
Por eso aquel médico, cuando pasaba días y más días en el monte, los pasaba sin remordimiento, persuadido de que mayor bien hacía á sus convecinos luchando arriba con las fieras, y librándoles de sus acometidas y rapiñas, que combatiendo abajo el microbio, contra cuyas tropas ya estaba probado que se bastaban ellos solos.

Por lo demás puede decirse que éste de la caza era su único vicio. Permanecía fiel como un novio á la señora médica; la baraja no la tomaba en las manos, y era casi sobrio, fuera de las contadas ocasiones de enchipanda que en aquel rincón del mundo se presentaban. Entonces sí, no echaba pie atrás ante nadie, y se mostraba, como el que más, hombre de buen diente y trago largo. Aunque no se pueda decir propiamente que se *apipara*, es lo cierto que en esos casos ingería tales cantidades de líquidos y sólidos que se pasaba luego la tarde

convaleciendo de su comida como de una fiebre. Y el caso es que no le llevaba á estos extremos la glotonería, sino un raro afán que le tomaba de honrar al anfitrión ó al motivo de la fiesta, un acceso de *expansibilidad* y de contento que, como en otros sujetos de su índole, de ordinario serios y callados, surgía de pronto irrestañable y estrepitoso. Eran realmente un hablar y un comer que metían miedo.

Pedro le estimaba, con razón, como al mejor de sus amigos, y antes hubiera faltado el sol á su cotidiana cita con la tierra que Robustiano á su diaria entrevista con Rudagüera, amén de las semanas enteras que pasaban juntos en su ejercicio predilecto.

Díjose antes que hombres como Pedro no suelen tener confidente; pero si es cierto que esto le pasaba, no lo es menos que, como hombre bueno y sin doblez que era, se dejaba leer con relativa facilidad por quien en ello se empeñase, sobre todo si sus ojos eran ojos cariñosos y de amigo. Pedro nunca contó nada de sus cosas interiores á Robustiano, pero tampoco le cerró nunca el libro, consintiéndole que leyera en la página por donde le encontrara abierto.



XII

—¿Conque por el ojo de una aguja?—repuso el bueno del cura á la observación del bueno del médico.—Puede que no haya más remedio que meterse por él, querido Llamosa, porque ese va á ser dentro de poco el único hueco que nos dejen los encargados de arreglar el mundo.

—Ya, ya.

—¿Qué? ¿No está V. conforme con lo que digo?

Llamosa contestó á esta pregunta á lo montañés; esto es, con otra pregunta:

—¿Cuánto piensa V. sacar este verano á las andaluzas?

—Todo lo que pueda.

—¿Ya sabes que van á llegar?—pregun-

tó Rudagüera á Llamosa, con un tono que él tenía reservado para dar esta noticia.

—No.

—Así me lo anuncian en carta que he recibido.

Pues á brindar por ello; venga la cerveza. Pronto, que hoy no puedo detenerme.

Llegó la cerveza, y Rosuca, con graciosa soltura, hizo saltar el tapón, que el gato pescó antes de que llegara al suelo, y escanció el líquido en las copas.

—A afilar el sable, cura,—dijo Llamosa bebiendo el primer trago. Y luego, limpiando con su labio inferior la espuma que le quedó en el bigote, añadió:—Bien que usted no deja embotar el filo.

—Hombre, señor Avicena, ¿me hace usted el favor de enseñar las heridas que yo le haya hecho?

—Usted da donde haya sangre: á mí no.

—Merecía V. que le dieran... lo que está bebiendo.

(El señor cura afirmaba que la cerveza era la mayor porquería que habían inventado los hombres.)

Llamosa siguió cargando y disparando:

—¿Caerá el retablo este año?

—Muy viejo está; no será difícil—contestó con sorna el cura.

—Digo el precio del nuevo.

—¡Dios lo quiera! Sin embargo, para un sólo golpe me parece mucho.

—Sí, D. Marcelino—dijo en tal punto Pedro.—No sea que vaya V. á espantarme á la *Golondrina*, y no vuelva por acá.

—No lo tema V. Esa golondrina sabe volar más alto que el pobre médico. ¿Ve V. dónde vuela el águila? Pues mucho más arriba.

—Este hombre—interrumpió el médico, saltando el periodo más largo de todo el mes—es todo un artista del *atraco*. ¡A que resulta que todavía deben estarle agradecidas tus amigas porque les saca los cuartos?

—¿Y qué duda cabe?—repuso el cura.

Pedro dijo:

—Todo depende en este mundo del punto de vista en que cada cual se coloca. Desde donde mira D. Marcelino, el mayor beneficio le recibe quien atloja la bolsa.

—No de mí, pero sí de quien sabe valerse de los hombres pequeños para los fines grandes. El que da ocasión á la limosna, ¿no da ocasión al premio?

—Buen juego: cualquiera se las para—dijo Robustiano mirando á Pedro.

—Pero ¿qué? ¿Invento yo alguna teoría nueva? ¿Será preciso que yo enseñe á un cristiano viejo la fórmula del ciento por uno?

—Ciertamente, Robustiano, que D. Marcelino no es autor de la teoría.

—Pero sí un lince para aplicarla.

—¿Qué se saca de no dar?—siguió el cura.

—Tener—respondió el médico.

—Tener remordimientos.

—A pocos veranos de estos se alza usted con una catedral.

—Lo cual sería una gran desdicha para el pueblo. Y sino, vaya usted contando. Primeramente se ganarían buenos jornales en la construcción; luego tendríamos un templo decoroso en que adorar al Señor; después vendría la gente a ver esa maravilla, y, por último, el médico se chuparía buenas asistencias de gentes no asalariadas. ¿Si le digo a usted que habría para ejecutar al cura!

—Echa, echa—decía el galeno, y echaba cerveza en la copa, y de la copa al gacinate.

—Y, en fin, Robustiano, lo cierto es que el pobre cura no las pone un puñal al pecho cuando las va á pedir una limosna.

—Pues por poco lo deja.

—¿A quién pueden perjudicar—exclamó el cura—las larguezas de esa bendita muchacha? Sola está en el mundo y es dueña de largo y bien adquirido caudal; la tía doña Anita tiene, por su parte, con qué vivir, sin necesidad del auxilio de su sobrina. ¿A quién perjudica?

—Al hombre honrado que se case mañana con ella.

—Poco á poco, señor barbazas—dijo aquí el párroco lleno de un fervoroso entusiasmo.—El hombre honrado que se case con la *Golondrina*, tendrá bastante con ella y con que le enseñe á volar tan alto como ella vuela. Y, si por ventura, hay alguno que la merezca, que yo creo que sí y hasta se me figura que le conozco, estoy seguro de que ese tal se alegraría de que su novia fuera tan pobre como cualquier otro pájaro, de que no tuviera para entonces más que sus alas.

—Así va usted á dejarla.

—¿Qué entiende usted de estos asuntos?

—Y hasta sin pluma en ellas.

—En fin—dijo D. Marcelino recobrando su calma;—sobre este último tema que ha saltado encima de la mesa, tiene la palabra el Sr. D. Pedro.

En tantos años de apartamiento de la sociedad, Pedro había perdido algo de su aplomo de hombre de mundo; así fué que preguntó algo turbado:

—¿Yo?... ¿Para qué?

—Que hable—dijo Llamosa, mirándole con un ojo entornado, como quien no quiere errar la puntería.

—¡Vaya, señores, no puedo consentir en esa desviación de la polémica. Yo no me he metido con ustedes. Y, por último, si se me fuerza á que dé mi opinión... pero conste

que es solamente porque á ello se me obliga... diré que estoy conforme con el cura.

Levantóse éste, y requiriendo su gorro, que había dejado sobre una silla, dijo á Llamosa:

—¿No decía yo que había quien la mereciera y que yo le conocía?—Y volviéndose hacia Pedro:—Nada, ni una palabra más. Ya sabemos que ha sido porque se le ha obligado á ello... Hasta mañana, que me espera un enfermo.

También se levantó el médico.

—Y á mí dos.

—Hombre—dijo el cura—¿qué hora es ésta de matar gente? Perdóneles por hoy la vida.

—¿Qué mal sienta la venganza en un varón del Señor!

—Yo miro por mis ovejas.

—Haya paz, señores.

Ya en la puerta, dijo Llamosa:

—Apóyese, que el que no ve, hasta del brazo del diablo va bien.

—Del enemigo el consejo—contestó el Párroco (que era, en efecto, muy miope) y muy afectuosamente aceptó el apoyo que se le ofrecía.

Cerraba ya la noche cuando los dos honrados sujetos dejaban á Rudagiëra y su casa.

XIII

Cerraba la noche; mas de la noche aquella fuera mejor decir que abría: tan clara y serena empezaba su reinado, tan apacible y grata venía sobre los campos y sobre las almas.

Cuando sus amigos se hubieron marchado, Pedro encendió por sí mismo la lámpara de su mesa y, casi mecánicamente, alcanzó de uno de los estantes un tomo en que aquellas noches solía leer algún rato. Hallábase nuestro hombre en aquel interesante estado psicológico en que, siendo intensa y llena la vida íntima del espíritu, aparece uno, en la exterior, como un perfecto estúpido. Así, el señor de Rudagiëra, tan inteligente y culto, no levantaba ahora

colocado ante un libro, ni media pulgada sobre su ama Sinda, por ejemplo, que no conocía la *o*. Tan ininteligibles como para ella eran á la sazón para el caballero montañés aquellos caracteres, que con tanta maestría y tanto gusto había estampado Tello sobre un hermoso papel de Holanda.

Pronto se convenció Pedro de que aquella noche no sabría leer más que en su propio pensamiento, y, dejando el libro y matando la luz, se salió á la solana. Ya sabía, él, como todo hombre de su calaña, que para lecturas tales no hay luz como la de la luna.

Por muy clara que la noche sea, al fin es noche, y, aunque acierte á recortar sobre el cielo el contorno del monte y á marcar con temblorosos rieleles la cinta del río, siempre deja sumidos en su tiniebla los mil detalles que el día hace patentes en el paisaje, y que aún en el más visto y sabido distraen todavía la atención del contemplador solitario. Hace la noche con el paisaje lo que se hace con un salón en que se va á bailar: no deja más que el sitio y las luces, y, borrando y suprimiendo árboles y piedras, casas y vallados, ofrece al sonador como el cauce no más por donde puedan correr las aguas de su pensamiento, turbias ó claras, ya dulces y mudas como las del río, ó amargas y quejumbrosas como las de los mares.

No corrían así, bajo aquella hermosa luna, las del alma de Pedro. Nunca podrían dejar de ser aguas de fuente montañesa, más hechas á reflejar tristes nubes que cielos risueños; pero tenían con todo, en aquella ocasión, esa callada y suave alegría que en los días claros alienta y vive en la Montaña. No corrían amargas; corrían así:

«Pues señor, tiene gracia la ocurrencia de Rosuca. *El señorito debía casarse con...* ¡Habladora como ella!... Pues también al señor cura se le ha metido en el magín la misma idea. Nada, se conoce que la cosa se cae de su peso: todo el mundo lo encuentra natural... Y el caso es que yo estoy á dos pasos de encontrarlo también natural... Sí, Pedro, porque no hay que ser hipócrita, ni ha de guardarse tanto el hombre que de sí mismo se guarde. Confíesatelo, que nadie te oye: la luna, que está hecha á estas confidencias, te lo irá sacando del cuerpo como los buenos confesores... Confiesa que eso que ha dicho Rosuca te lo has dicho á ti mismo más de una vez. Y que desde hace algún tiempo te lo dices muy á menudo... Lo que tú temes es que no te quieran escuchar el cuento, ó que, asustada la Golondrina, levante el vuelo y no vuelvas á verla... Y ¡porqué había de asustarse? ¡Porqué no había de querer ligar su suerte á la mía?»

La mirada de Pedro, que vagaba desde

el claro del cielo á la masa negra del bosque ó se tendía por la miés como buscando á tientas un sendero, llegó en uno de estos paseos al río, en donde hubo de retenerla aquel plateado haz que bullía sobre las aguas mansamente, como temeroso de hacer ruido y distraer al soñador en sus cavilaciones. En aquel punto adonde miraba Pedro, el río se sume y desaparece bajo un toldo de ramas que le forman, honrándele, álamos y alisos; iba el agua hacia aquella negrura como las vidas, que ahora vemos claras y reflejando el cielo, van á lo oscuro, á lo desconocido. El agua que corre hace siempre pensar en la vida, en su curso y mudanzas.

Y pensaba Pedro:

«¡Qué sueño de ventura! ¡Unidas su suerte y la mía!... ¡Cómo se compensarían su divina inquietud de alma con alas y mi tardo paso de alma desengañada! Mi pobre corazón, quieto como un remanso, ¡con qué gozo reflejaría en sus aguas los vuelos de la Golondrina! Y acaso ella gustara de rozar con sus alas el pobre remanso...»

Abismóse de nuevo el enamorado caballero en la contemplación de aquellos juegos de luz entablados entre la luna y la corriente. Luego suspiró y, enderezando el busto, que pesaba sobre la baranda de la solana, se preguntó de repente:

«Pero ¿es creíble que una mujer como esa

no tenga novio? ¡Y en aquella tierra, donde madrugaba el corazón como sol de verano!... Sin embargo ¿no habría yo de haber sabido algo, ó de haberlo sospechado al menos? Anita, que tiene conmigo la confianza de una hermana, ¿no me habría contado?... Y aún tengo otro dato negativo; lo que es este me parece que es para tranquilizar á cualquiera. Ella, cuando está aquí, se confiesa, como es natural, con D. Marcelino: es evidente que si tuviera novio lo sabría el cura, y no es que éste me lo fuera á contar, pero seguramente que no me induciría él mismo á amarla, como esta tarde ha hecho... Queda demostrado que antes de Octubre del año pasado no tenía amor a la niña más digna de ser amada... Pero ¿y desde entonces? ¿Qué no puede haber sucedido en siete meses... andaluces?»

En la orilla del río surgió de pronto la silueta de un hombre á caballo. Caminaba despacio, paralelo al cauce, y á veces se paraba como explorando el paraje: se comprendía que buscaba una *pasera*. No encontrándola, al fin metió el caballo, que se resistía á entrar en el agua, y, con ella á la cincha, vadearon el río.

A quien cavila, amparado en la soledad de la Naturaleza, todo lo que ve á oye se le antoja aviso ó consejo, todo lo convierte en sustancia.

«Así es como debe obrarse»—se dijo Pe-

dro viendo al ginete entrar en el agua.—
«Lo que acaba de hacer ese hombre es una gran barbaridad, porque él no sabía la profundidad del río; si fuera práctico en estos lugares conocería el yado que hay un poco más arriba. De modo que él se ha metido sin saber si iba a ahogarse. No cabe duda de que es una barbaridad... Pero tampoco de que ya está en la otra orilla...»

Y siguió cavila que cavila. Al fin dijo:

—«Me parece que este verano paso yo el río, ó me ahogo en él.»



A tal tiempo apareció Rosuea en la puerta de la solana, y se vio claro cuánto se complacía la luna en iluminar la poética figura de la aldeanilla.

XIV

—Ya puede venir si quiere, señorito,— dijo Rosuea.

—Voy enseguida.

El recado venía de parte de una cierta sopa de ajo, que ya humeaba en el comedor, y que desde el fondo de su cazuela miraba tristemente con dos yemas de huevo que tenía por ojos. Y hágase paso á la comparación, que, pues hay ojos como huevos, digo yo que bien podrán los huevos parecer á veces ojos.

Tomó de ella Pedro, como de todo lo que vino detrás, más sin saber lo que tomaba, de puro absorto y engolfado en sus imaginaciones. Ni dijo nada á Rosuea, que le servía, ni se enteró de las varias entradas

que Sinda, traginando, hizo en la habitación, ni tuvo á bien echar un triste mendrugo á aquel mimado sabueso que, como más atrás se dijo, *hacía y deshacía* en la habitación de su amo.

El cariñoso animal (un perro de la clase de intelectuales) se hizo bien pronto cargo de la situación, y, lo mismo que en otras análogas, adoptó una aptitud expectante, llena de dignidad y de filosofía. Sentado á un lado de su señor, pero en dirección opuesta á la de éste, de modo que pudiera verle la cara, permaneció con la cabeza baja dejándole que se hartase de cavilar, y sin importunarle una sola vez para recordarle que también los perros suelen cenar... siempre que pueden. De rato en rato levantaba la afilada geta y miraba á su amo con una melancolía enteramente canina, bostezaba luego, abriendo una bocaza como la de un león, y volvía á su quietud respetuosa.

Lo que el perro no alcanzaba á discernir y eso que las pescaba en el aire, era que los pensamientos que aquel día embargaban al amo, no eran, como las otras veces, negros y amargos, sino que, por el contrario, le bañaban la mente en una mansa claridad, suave y blanca como la que afuera tendía la luna sobre la tierra dormida.

No andaban en esto más listas que el perro las racionales que servían á Pedro, y que, asombradas, le miraban ahora caer des-

de aquel ruidoso y alegre mandar de todo el día, en este concentrado mutismo, el cual juzgaban ellas signo precursor de una de las crisis hipocondríacas que á tiempos le acometían. Esto creían, por más que no acertaran á explicárselo, sabiendo, como sabían, cuanto regocijaba al señorito y le sacaba fuera de sí, para bien de todos, la venida de las andaluzas.

Y era que en aquel solitario el silencio aún no había aprendido á ser risueño, ni el gozo que ahora le dominaba, como nuevo y recién llegado, se había hecho dueño todavía del gesto ni los ojos del hidalgo. Era éste, además, hombre tan extrañamente conformado por dentro, que sus alegrías y sus duelos sentían el mismo pudor de mostrarse á las gentes, y sólo lo hacían por acaso cuando llegaban á aquel extremo en que unas ú otros ahogarían al hombre si no les abriera las exclusas de la voz ó de las lágrimas. ¡Oh, entonces sí que no hay nadie tan amo de sí mismo que los venza y los calle! Y aquél á quien le llega una de esas grandes sensaciones de júbilo ó de pesar procede como el que de pronto se vé dueño de una gran fortuna, ó como el otro á quien abrumba desmesurada carga: en ambas ocasiones tendemos á repartir nuestro lote con los demás hombres, como si comprendiésemos que el haber distribuido á uno solo toda aquella ración no podía ser sino por un

error, el cual era preciso enmendar de esa manera.

El gozo de Pedro era grande y vivo—¿cuándo sintió otro igual?—pero allí estaba aquella punta de duda, aquella ligera sombra de los posibles amores de la *Golondrina*, para amenguarse un tanto y contenerle en los límites de las sensaciones que se pueden ocultar.

Así, pasaba la cena en silencio. Sinda, algo inquieta por la inoportunidad con que esta vez se presentaba el mal, entraba y salía en el comedor sin necesidad alguna, y unas veces sacaba del aparador un plato, y otras metía dos; pero nunca la palabra en el oído de su señor, por no encontrar pretexto para ello. La chicleña iba y venía con las viandas y mudaba el servicio sin decir nada, escoltada siempre por el gato, que también parecía penetrado del ambiente de compostura que en la estancia aquella noche reinaba. El perrón, finalmente, seguía inmóvil y callado como esos de hierro que se ven sobre las pilastras de la verja en algunos jardines...

En esto, un reloj viejo y asmático que allí había dió estrepitosamente las diez, preparando cada una de las campanadas con una especie de desgarramientos previos, como si las sacara de muy abajo y rompiendo varias cosas en el camino. Es el ruido, como el silencio, contagioso y pegadi-

zo: en cuanto el reloj hubo sonado, el perro se puso en pié, desperezándose y tosiendo roncamente como ellos suelen. Sinda cerró con un golpe innecesario un cajón de un mueble, y Rosuca, atropellando por todo, se atrevió á encararse con su señor y á preguntarle:

—Diga, señorito; ¿está todavía enfadado por lo de antes?

—¿Por cuál de antes?

—Por aquello que le dije de que usted y la señorita...

—¡Ab, sí! Ya me acuerdo. Pues sí, si que estoy enfadado todavía. Y mucho.

—¿A Rosuca con esas! Sí, que era ella tonta para no conocer, por el tono con que él lo decía, que ya no estaba enfadado. Así fué que la chiquilla se envalentonó y volvió á soltar lo de:

—Pues me parece á mí que no era ningún disparate.

Antes de que el señorito tuviera que volver á hacerse el furioso, intervino Sinda, diciendo á la entrometida:

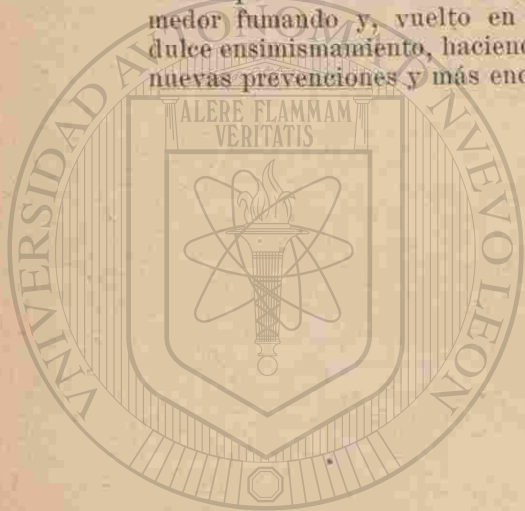
—¡Si supieras tú la falta que estás haciendo en la cocina! Y, en cambio, aquí, ¡si supieras qué poca!

—Bueno, mujer, bueno; ya me voy.

Se fué, en efecto, saltando en competencia con su felino compañero, que entendió, por varios signos, que se habían restablecido las garantías constitucionales y se po-

día ya, por lo tanto, cometer toda especie de desafueros.

Aún permaneció un rato Pedro en el comedor fumando y, vuelto en sí de aquel dulce ensimismamiento, haciendo á la vieja nuevas prevenciones y más encargos.

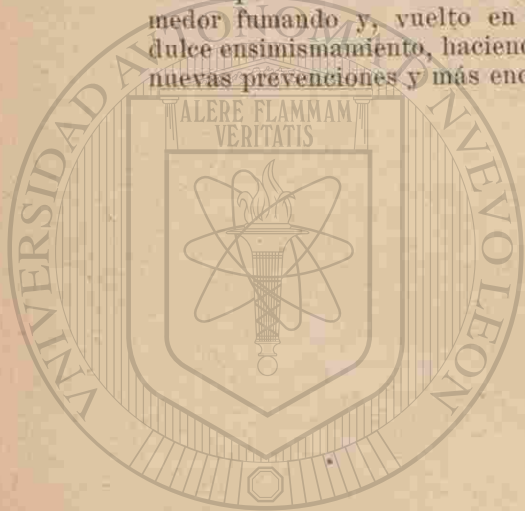


XV

Mercedes escribía pocas veces á su amigo. Generalmente—y parecía lo más discreto en una muchacha—se limitaba á ponerle una postdata cuando le escribía Anita. La carta más larga de la sobrina y la más—¿cómo diré yo?—la más *suya*, era una que había llegado á la Montaña el último otoño, á poco de haber regresado á Andalucía las dos señoras. Ciertamente que la ocasión pedía un excesillo, y justificaba que se hubieran aquella vez invertido los términos, apareciendo el cuerpo de la carta firmado por Mercedes y la postdata por su tía. ¡Con qué menos podía la gentil muchacha agradecer á su huésped sus delicadas atenciones y aquel constante celo por divertirla y mimarla?

día ya, por lo tanto, cometer toda especie de desafueros.

Aún permaneció un rato Pedro en el comedor fumando y, vuelto en sí de aquel dulce ensimismamiento, haciendo á la vieja nuevas prevenciones y más encargos.



XV

Mercedes escribía pocas veces á su amigo. Generalmente—y parecía lo más discreto en una muchacha—se limitaba á ponerle una postdata cuando le escribía Anita. La carta más larga de la sobrina y la más—¿cómo diré yo?—la más *suya*, era una que había llegado á la Montaña el último otoño, á poco de haber regresado á Andalucía las dos señoras. Ciertamente que la ocasión pedía un excesillo, y justificaba que se hubieran aquella vez invertido los términos, apareciendo el cuerpo de la carta firmado por Mercedes y la postdata por su tía. ¡Con qué menos podía la gentil muchacha agradecer á su huésped sus delicadas atenciones y aquel constante celo por divertirla y mimarla?

Va esta historia demasiado avanzada para que haya necesidad de decir que Pedro guardaba esta carta, y no confundida en un montón con otras de «varios», en el fondo de la mesa, sino en sitio muy preferente y al cual la mano fácilmente acertara.

Y á buscarla fué la mano aquella noche en cuanto el dueño á quien servía hubo vuelto, después de cenar, á su habitación. No tuvo aquél que desdoblar la carta para leerla; la conservaba como se conservan los autógrafos de los hombres eminentes, extendida y en una carpeta. Decía la carta:

«Mi atentísimo huésped y amigo: Aunque ésta vaya fechada en Cádiz, pienso que todavía no hemos llegado. Yo, por lo menos, sigo todavía en la Montaña... y para estar. Me parece muy justo que así sea: si yo fuera capaz de olvidar en tan poco tiempo el verano que he pasado en esos lugares, merecería cualquier castigo muy atroz; por ejemplo, que no me llevaran más á verlos.

Puede que se me pase, se me pasará casi seguramente; pero juro á usted que hoy por hoy estoy tan *enmontañesada*, que no creo en esos desabrimientos que dice usted que tiene su tierra en invierno. Sepa usted que si no fuera por el cuidado que desde esta época pide nuestra hacienda, y por las molestias que para la tía supone el

viaje, por mi gusto cogíamos en Enero el tren é íbamos á sorprender á usted en pleno *desabrimiento*, seguras de no encontrarle en usted, en quien me temo que la hospitalidad llegue á degenerar en manía.

¡Qué encantador debe ser ese paisaje en vuelto en su manto de abrigo, blanco todo, como de pieles de armiño! Por ahora no concibo un gusto más grande que el de volver, bien cubierta de nieve, de una excursión á esa ermita de San Roque, apearne del *Morito*, y, después de recomendársele mucho á Hilario, correr junto á la chimenea del salón á secarme y á ver arder en ella media cajiga, porque usted—ya lo estoy viendo—no se contentaría con echar menos combustible.

Me acuerdo en este instante de que una vez hablábamos de estas cosas y de que usted, confesando que, en efecto, el invierno tenía ahí sus encantos, temía que para mí no los tuviera y que la tristeza del cielo y la dureza del tiempo me impidieran penetrar en ese goce. Ya se imaginaba usted á la pobre *Golondrina* con las alas muy plegadas, azorada y temblando, sin atreverse á dejar ni por un momento el abrigo del tejado... Pues, amigo mío, no hay tal cosa. Soy más valiente de lo que usted se figura: y segura estoy de que sabría remontar el vuelo por encima de todos esos inconvenientes, y subir á aquel punto desde don-

de todo se ve igualmente bello, la nieve como las flores. Ó soy ó no soy golondrina.

Hay mil placeres que todavía no me ha dado á probar la Montaña y que me debe en conciencia, que para eso la quiero yo como la quiero y pienso tanto en ella aun viviendo en este paraíso gaditano. Yo quería, *pinto el caso*, como dice Hilario, *tumbar* á su tiempo las castañas y luego asarlas por mi mano, que en la misma chimenea se puede, ¿verdad, Pedro? También me gustaría ayudar á Hilario y á Rosuca á coger esas peronas de San Germán y á subir á extenderlas en los desvanes. Y las manzanas reinetas que huelen á gloria...

Y en el jardín ver cómo iban apareciendo lentamente las ilustres camelias, que vienen cuando ya no hay nadie en él, como señoras de copete al paseo público... A propósito de camelias: no deje usted de mandarme, en la inevitable remesa de Carnaval, de aquellas blancas que tienen dos pétalos ¡sólo dos! manchados de rojo. A los hombres como usted se los manda así, con imperio...

Ahora, dentro de poco, tendrá usted crisantemos, y yo condenada á no verlos después de los cuidados que me cuestan. Que le tenga Hilario con los últimos esquejes que plantamos; el año pasado los traslado demasiado pronto.

¡Cuántas cosas acabaría yo en esa expe-

dición de invierno, que dejo comenzadas. Una de las que más me preocupan es que Rosuca me descuide, con no estar yo ahí, el hacer su plana diaria y las varias labores en que se iba ya soltando, y que, cualquiera que sea mañana su suerte, le han de ser de provecho. Ya veo que no es comisión propia de usted inducirle á que trabaje en todo esto; pero á la buena Sinda sí que se lo puede usted decir, para que no me deje á la chica de la mano.

De esta tierra y de nuestra vida en ella nada le digo en esta carta, pues, como pongo al principio, aún no hemos entrado *oficialmente* en Cádiz. Otro día será otro día. No es que tenga pensado olvidar á la Montaña, ni al más amable caballero que ha producido esa tierra de ellos; pero yo no soy presumida, y no quiero decir que esto sea un obstáculo para que me divierta aquí este invierno tanto como cualquier otro. Las andaluzas tenemos el alma muy grande, y en ella cabe todo... y muchas cosas más.

Mientras tanto, distraigo mi nostalgia hojeando los libros montañeses que usted me regaló. He vuelto á leer *El sabor de la tierra* y *Peñas arriba*, y sé ya de memoria, de tanto repasarlos muchos versos de Amós Escalante. ¡Qué cadenciosos son, qué montañeses! Silió el otro poeta, es más desconsolado y no gusto tanto de él, aunque creo como V. que *Una fiesta en mi aldea* es

una bellísima poesía. De algunas de Escalante se me escapa á veces el concepto, quizá por estar vertido en una forma demasiado culta para mi poca lectura; pero aún de esas me seduce la música arrulladora y triste, y, sin penetrar bien con el entendimiento lo que dicen, les saco la esencia y la gusto. ¿Cómo puede ser esto?

Ni ¿cómo puede ser que haya paciencia para soportar esta interminable charla mía? Aquí mismo va á dar fin.

Que no olvide V. á la *Golondrina* á quien tanto ha sabido obligar con su caballeroso afecto y exquisitas finezas; que no haga usted barbaridades en el monte, que una desgracia sucede en un instante y no se acaba de llorar en toda una vida; que no se ensimisme V. mucho, y huya de la *Musa negra* como de una tentación del diablo. ¿Porqué no pasa V. en Madrid uno ó dos meses de esos más tristonos? Y una vez en Madrid, ya estaba V. á medio camino de Andalucía y nos hacía una visita. Mil recuerdos á Rosuca, á Sinda, á Hilario, al señor cura, á Llamosa y á la Montaña. — Mercedes.»

XVI

Cuantas cosas le sucedían á Pedro, ó más bien, cuantos pensamientos tristes ó alegres le combatían ó le halagaban, tarde ó temprano acababa por ir á contárselos á la solana, á donde antes le hemos visto salirse á meditar sobre sus planes de ventura. En la vida psicológica de aquel hombre la solana había desempeñado siempre un gran papel. Era lo que fuese preciso ser en cada sazón y á cada hora: ya confidente mudo de su señor, ya cortesano de su alegría, ya sordo consejero que acababa por templarle el malhumor y hacerle de nuevo compatible con las gentes. ¿Cuántos soles habían alumbrado en aquel lugar la faz, más veces sombría que risueña, de Rudagiüera! ¿Cuántas lunas

su silueta gallarda, ya apoyada en el ancho balaustre, ya sentada en un banco que allí había, ya moviéndose con lentos pasos á lo largo del enorme balcón!

Tan inexplicable como la simpatía que nos lleva á preferir á una persona sobre las demás, es á menudo la que liga nuestro afecto á tal ó cual pieza ó rincón de la casa ó del jardín con preferencia á todas las otras. Pedro amó desde niño la solana; acaso su precoz sensibilidad se dejaba ya influir por la tristeza de aquellos salones del caserón, y el instinto de la vida era quien sacaba al muchacho al abierto corredor, donde daba el sol de plano, y lo mismo su alegría.

La solana era hermosa; de grande, como un salón cualquiera; de placentera, como no se ha visto otra. La sabían todas las golondrinas, y no hubo verano que no viese un nido nuevo entre los canes de la techumbre. Decorábala un viejo banco de nogal, con testero y piés tallados, lustroso ya del roce de los muchos años que en él se habían sentado. Desde que Mercedes vino á la Montaña había además en la solana multitud de tiestos, grandes y chicos, pues, como dijo la encantadora niña al amo de la casa, no había que ser egoísta, que también las plantas son de Dios, y hay muchas á quienes les vendría muy bien tomar allí el sol abrigaditas del viento. Antes, el adorno volante de la solana corría á cargo de Hilario, y

no se veían más que panojas puestas á secar, y en el suelo tomates.

Allí volvió Pedro aquella noche á continuar sus soliloquios, exaltado más que nunca su pensamiento por la reciente lectura de aquella carta que guardaba como oro en paño. ¿Había algo en ella que fundadamente pudiera hacer esperar á Pedro una buena acogida para sus amorosos intentos? ¿Hasta que punto podían suponerse dictadas todas las frases *sospechosas* por la gratitud y la cortesía? Estas dos graves señoras ¿no habían prestado la pluma en algún momento al chiquillo aquel de los ojos tapados, que, aunque no ve, sabe escribir muy lindas cartas?

La fantasía de la adorable doncella, girando en torno á las cosas que rodeaban á Pedro, envolvía á éste en sus vuelos, aturdiéndole tan dulcemente que cuanto más le aturdió más le deleitaba. A veces parecía, por la dirección, que venía flechada á él, y, cuando ya casi le rozaba con las alas, de pronto se desviaba é iba á posarse sobre algo que estaba cerca de él, pero que no era él mismo... ¡Vuelos de golondrina, aleteos de la ilusión, perpetuo engaño y delicia perpetua del corazón y de los ojos; luz cuyo foco no se adivina; aroma de flores, que no se sabe de cuáles viene; algo vago y muy hermoso que llega de lejos, que posa un instante junto á nosotros, y que vuelve

luego á alejarse!... ¡Vuelos de golondrina, de algo que nos está prohibido coger y hacer nuestro!

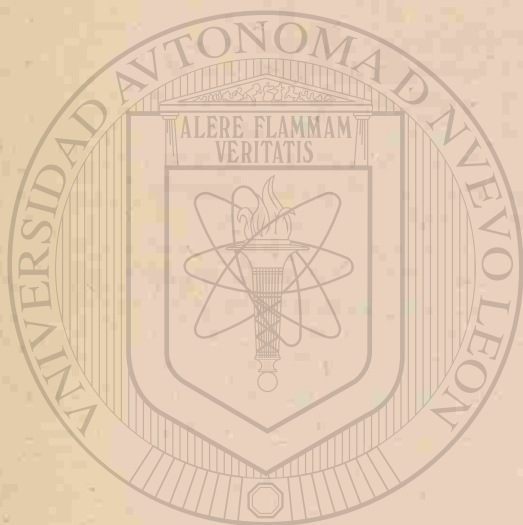
Del balago que traen estos vuelos á un triste cuando le ocrean la frente no tienen idea los demás hombres, ya que dejan sobre todos huella duradera. Ambiciona él esa espiritual caricia como el sediento ambiciona el agua. El triste y las golondrinas siempre son amigos. Mas sólo hubo un triste en el mundo que mereciera ser consolado por ellas en su tristeza: las mansas aves arrancaron á Cristo las espinas, pero á nadie más que á Cristo. Y acaso cuando pasan junto al hombre consienten en aliviarle, obligándole á mirar al cielo; mas no le arrancan las suyas, y con ellas le dejan, en pena de haber sido él quien se atrevió á ponerlas en aquellas sienas soberanas...

Nadie se asombre de ver, en esta ocasión, á sujeto ya ducho en amores, y en genialidades femeninas de todo género, cavilando, como mozo inexperto, sobre el oculto sentido de una carta de mujer. Los extremos se tocan: la última pasión del hombre maduro le vuelve á quitar el sentido tan por entero como la primera, como aquella pudorosa delicia de los años verdes. Sin duda ésta que á Rudagüera desvelaba iba á ser la postrera que agitara sus entrañas. El amor es el huesped más ilustre de cuantos el alma recibe en su palacio, y el día

último que en ella reside recuerda el día en que entró, en lo que altera y alborota la casa.

Mucho meditó Pedro, mientras paseaba por la solana, sobre cada periodo de la adorada misiva, y, como siempre que la leía y como siempre que sobre ella meditaba, nada sacó en limpio de sus meditaciones.

Llegóse de nuevo á la mesa y guardó cuidadoso los adorados plieguecillos. Luego se acostó y, como puede suponerse, estuvo largo tiempo soñando sin dormir, que es un modo como otro cualquiera, y no el menos gentil en un enamorado, de pasar la noche. Cuando al sueño le vinieron á dar en aquel lecho lo que era suyo, ya en todos los corrales anunciábase con estrepitosos cantos la venida del alba, y el último gallo de la aldea repetía estentóreamente: «Alerta está.»



XVII

¡Qué día amaneció el siguiente á aquella noche! Con razón le cacareaban tanto los gallos, porque mañana más hermosa ni que mejor oliera no la hubo en todo el año.

Era una de las primeras del mes de Julio. En este tiempo ya la musa del verano es una encantadora muchacha, que alegra los ojos y el alma y obliga á decir á los pesimistas y misántropos: «Pequé, pequé, confieso que la vida es hermosa.» Ya, aunque alguna vez lllore y se vista de negro, ó más bien gris, en señal de duelo, ha llegado á tal pujanza de vida que el llanto dura poco y el luto de sus faldas es sustituido bien pronto por aquel soberbio manto, verde y oro, que Dios regaló á la musa el día de sus bodas con el mundo.

¡Qué día amaneció! Hasta en aquel pliegue de los montes cántabros amaneció temprano. Parecía que el sol se hubiese dado más prisa que otras veces á subir aquel pico que por Oriente cerraba el vallecillo. ¡Creía acaso el sol que ya estaba allí la *Golondrina*?

Domino el pico, y desde allí desgalgó monte abajo sus rayos por todo el paraje como buscándola. Se descolgaban por entre los huecos de las hojas; entraban en las casas, y cuando les cerraban la puerta entraban por la ventana, y cuando les cerraban la ventana se colaba uno de ellos por la rendija, y se ponía á adular al dueño, haciéndole ver que el polvo inmundo de su habitación era oro finísimo... Se metían río adentro, y le registraban el fondo ó hacían la plancha sobre el agua... ¡Vaya una mañana que hacía!

En esta tierra en que andamos, el día, para estar bueno, no puede estar en calma, porque entonces no llega vivo á la tarde. Necesita una muija de viento que le sostenga y le empuje, como á ciertos hombres que, en dejándolos solos, empiezan á entristecerse y sabe Dios en que acaban. El día de que se habla venía escoltado por una punta de nordeste, que no le hacía desmerecer nada y, en cambio, le aseguraba la vida.

En la casa todo despertó alborozado: des-

de las lagartijas de la tapia hasta las palomas de la guardilla. A Sinda le parecía que tenía menos años, y á Rosuca que tenía más. El amo se levantó como si nunca hubiera sido hipocondriaco y se lanzó á la huerta, donde Hilario, armado de una azada y un rastrillo, que de ordinario pesaban sendas libras y aquel día eran de pluma, trabajaba desde el amanecer.

¡Las cosas que él había hecho para cuando bajó su señor! Los senderos aparecían para aquella hora limpios y barridos como cuando se trazaron; lo mismo en el jardín que en la huerta se prohibió á todo árbol y arbusto alargar ninguna de sus ramas hacia el camino que habían de seguir las forasteras «y personas que las acompañen», y toda infracción de esta ley fué inmediatamente castigada con la amputación del brazo culpable. Y tenía, obrando así, mucha razón Hilario: nada más desagradable para el que entra en una huerta que verse detenido á cada instante por la imprudencia de perales y ciruelos, que le salen al paso como pobres que piden limosna, y no le dejan andar. Y hay árboles tan descorteses que porque no les hace uno caso le tumban el sombrero, y los hay tan mal intencionados que le meten á uno el dedo por un ojo. ¡Y pensar que esto pudiera suceder á aquella gloria de muchacha, que traía en los suyos todo el sol de Andalucía!

Los rosales fueron recogidos y plegados, mediante unos sutiles aros de varas verdes en que hubo de acomodarlos el diligente jardinero, porque los muy ladinos, con el pretexto de ofrecerlas sus rosas, suelen prender á las niñas por la falda y se la rasgan. También con las espadañas de la yuca se ha de tener cuidado, que punzan como diablos, y, así, fueron atadas y desviadas del borde de los cuadros.

No cesaba aquel hombre: ya podaba una rama descortés, ya arrancaba unos hierbajos; aquí rastillaba un camino y allí removía de tres azadonadas la tierra de un *macizo*. Y en cada viaje por junto á los rosales les pasaba revista, y mentalmente dejaba elegidas las mejores rosas para cuando fuese llegada la hora de hacer los ramos.

Pedro recorrió el jardín y la huerta en toda su extensión, que no era poca, y de todo quedó satisfecho.

Mientras, Sinda, arriba en la casa, no reñía á Rosuca porque cantara, y eso que ésta le hacía aquel día á voz en cuello, soltando unos regocijados trinos que nadie la había enseñado, como no fueran los jilgueros de su huerta ó un canario que cuidaba el señor cura y que éste reputaba por el más famoso tenor que nunca hubiera existido. No se sabe á ciencia cierta si la actual tolerancia del ama de llaves con tales osadías filarmónicas dependían del goce que

la inundaba, y la llevaba á la benevolencia, ó de haberse convencido de que aquella mañana sería inútil querer atajar el júbilo, casi agresivo de puro vehemente, de la chiquela bonita.

Ambas mujeres se habían entregado á un tan encarnizado tragin, que no paraban de abrir armarios, volver á cerrarlos, arrastrar camas y mesas, transportar ropa blanca de un cuarto á otro, probar á bulto llaves roñosas en cerraduras enmohecidas. Ya trabajaban juntas, ya por su cuenta cada una. Tan deprisa andaban, que á lo mejor se tropezaban en un pasillo y se daban un porrazo; más ninguna se enfadaba. Otras veces era el gato quien pagaba las prisas, y, como se metía por todas partes, con el barullo le pisaban ó le tiraban rodando...

Y á todo esto subía la mañana, serena y tranquila, gozándose en la paz y el contento que sobre el mundo derramaba. Todo reía.

Por delante de la puerta del jardín pasó el médico, cabalgando gallardamente sobre una jaca recogida y fina, de mejores aires que los que suelen tener las de la Facultad. ¿A dónde iría? ¿Podía nadie estar enfermo en un día tan hermoso? Claro está que no. Donde iba Robustiano era al pueblo inmediato, á tomar lenguas de la venta de un famoso sabueso, conocido y admirado por todos los cazadores de la comarca. Al divi-

sar á Rudagiüera entre los árboles, paró el caballo y saludó á su amigo. No le preguntó cómo había dormido, porque á aquel hombre, médico y todo, no le cabía en la cabeza que nadie dejase de dormir... como no fuera para ir á esperar al jabalí en noche conveniente.

Siguió luego su camino, y Pedro, llamando á Hilario, que allí cerca seguía *herborizando*, le preguntó si había bajado del desván el arco de que habían hablado el día antes y que, convenientemente vestido de ramaje y flores, había de dar la bienvenida á las viajeras. Díjole Hilario que en el portal le tenía, esperando las órdenes del señorito.

—Pues ya le estás trayendo.

XVIII

¿No sabéis que á Rosuca le ha salido un novio?... ¡Si no podía menos! Un día tan soleado y espléndido, al fin y al cabo tenía que hacerla.

—Pues sí: le ha salido un novio á Rosuca. Bueno, todavía no le ha dicho que sí; de modo que en realidad no es novio, sino sólo pretendiente.

La cosa pasó así:

A eso de las once de la mañana llegó á la casa de Rudagiüera un asistente del capitán de caballería Gómez Vega, veraneante en una aldea no lejana de esta en que andamos, gran amigote de Pedro, cazador como él, y ginete que sería necedad ponderarlo.

Á abrir al portador bajó Rosuca, que se puso muy colorada cuando aquél, sin apearse aún del caballo, la dió los buenos días.

¿Porqué se puso colorada Rosuca, si el otro no hizo más que darla los buenos días? Sin duda no la dijo más con la boca, pero con los ojos debió decirla una porción de picardías.

Se apeó luego, dió su recado, y cuando volvió de trasmitirle la preguntó:

—Diga V., clavel bonito, ¿dónde podría yo meter este animal mientras descanso también un poco... si es que me dejan en paz esos ojos? El capitán me dijo que pá mí no pidiera nada, pero para el jaco, que al fin es una criatura delicá, un pienso y una manta pá que no se le enfríe la *trespiración*.

—Venga por aquí... Aquí tiene sitio para el caballo. En aquella arca la paja—contestó Rosuca guiándole á la cuadra.

—Y pá mí, ¿qué sitio hay?

—Toda la huerta.

Y la chiquilla echó á correr escalera arriba.

Pero volvió á bajar al poco rato, porque se le había olvidado no sé qué cosa (ni ella tampoco lo sabe), y al encontrarse otra vez con el buen mozo, que se había sentado en uno de los bancos de la portalada, le pareció que había estado un poco seca... y se le ocurrió ofrecerle agua.

—¿Eso ofreces tú al que llega á tu puerta sudando? Pero, en fin, dame agua en vez de vino con tal de que me tengas tú el cántaro y me dejes, pá endulzarla, que te esté mirando mientras bebo.

Rosuca conferenció con Sinda y trajo al soldado un vaso de vino, que no corta el sudor como el agua, ni expone al hombre á un torozón.

El asistente hacía siempre la jornada del amor á marchas forzadas. Total, que el diálogo que empezó como se ha dicho terminaba, al cabo de media hora, de esta manera:

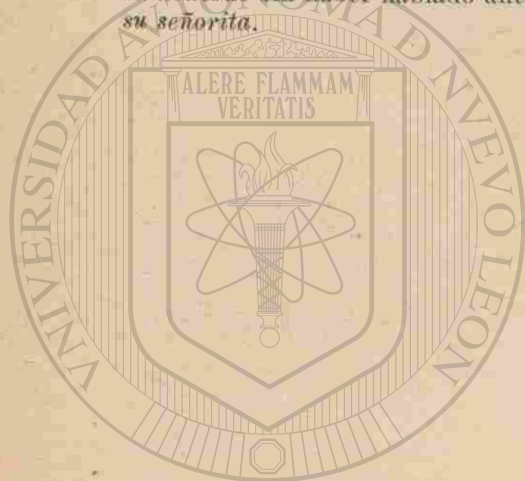
—Pero dí, niña, ¿es que no me voy á llevar una miajilla de esperanza pá que me acompañe por esos caminos?

—No, ahora no puedo responderle nada. Ya le digo que dentro de diez días, si vá á la romería del Cristo, le daré la contestación.

—¿Cómo que si voy?... Mira tú, si para entonces me he muerto, por allí pasará el entierro. Yo sin la contestación no me quedo... Pero ¿se pue saber pá qué es la esperanza? ¿Pues ni qué tendrías que pedir disforme al Consejo de Estao!

Rosuca no sabía lo que era el Consejo de Estado, pero, por muy alto que se le imaginara, más alto vela, y más sabio, el *cuerpo* consultivo de quién ella pensaba aconsejarse, un airoso cuerpo de muchacha andaluza.

En una palabra, Rosuca, por más que el galán la agradara y le tuviera por buen hombre, no quiso que en el asunto recayera acuerdo sin haber hablado antes con la su señorita.



XIX

Mientras se desarrollaba aquel idilio en la puerta de la casona, en la huerta Pedro y su lugarteniente trataban la manera de vestir el arco, de modo que su actual decoración no se pareciese á la del año anterior, no tanto porque no se tachase de falta de inventiva á los de la casa, cuanto por demostrar, con la novedad del adorno, la preocupación y desvelos con que eran esperados los de fuera.

Para colocar un palo accesorio en el antiguo artefacto hicieron falta clavos y un martillo, y á buscarlos fué á casa Hilario. Mas al volver á donde su señor se hallaba, ni martillo ni clavos traía, sino solamente un papel doblado, que agitaba en el aire

como con intento de que aquél pudiera verle desde lejos.

—¡Señor! ¡Señor!—le gritó apareciendo al extremo de una galería de perales.

Venía muy ufano y alegre, pidiendo albricias con sus ojos risueños, con su paso vivo y firme, hasta con la chaqueta inflada, al andar, por el viento. Detrás venía Sinda no menos contenta, aunque menos ágil que su compañero.

—¿Qué hay?

—Este parte acaba de traer el *ordenancia* del tren.

—Ah, venga.

—Digo yo que será de las señoras—añadió Hilario.

—Pues ¿de quién va á ser sinó, hombre de Dios?—repuso Sinda.

Pedro, lleno de una emoción intensa, alzó el pliego en su mano antes de abrirle y gritó:

—¡Ya viene! ¡Ya se acerca la *Golondrina*!... Chist, callaos. ¿No la sentís volar?

Hilario y Sinda se miraron como para estudiarse mutuamente las caras, pero muy dispuestos á sentir volar á la señorita, y aún á su señora tía doña Ana.

—Vaya,—dijo la vieja—ahora sabremos con firmeza cuándo vienen.

Al fin abrió el amo el telegrama, y los criados le oyeron con asombro leer esto:

«Imposible emprender viaje.»

—¿Qué dice V., señorito?—preguntó Sinda:

Pedro siguió leyendo alto, aunque no seguido:

«Mercedes herida...»

—Señor, lea bien—le interrumpió el buen Hilario.—¿Cómo va á decir eso?

El señor continuó leyendo:

«Herida en un vuelco del coche en que paseaba con amigas... Estado grave.»

Luego calló; pero siguió con la vista fija en el papel, como si aún dijera éste más, cuando ya no decía nada, fuera del nombre de Anita, colocado al pié de la triste noticia.

—¡Grave!... Sí, eso dice... Pero ¿cómo habrá podido ser esto?... Hilario ¿cómo ha sido esto?

Hilario no sabía cómo había sido aquello, por lo cual se limitó á decir:

—¡Cosa como ella!

A lo cual agregó Sinda:

—Válgame Dios, en qué tenemos la vida!

Pedro se encaró furioso con ella:

—¡Pero que estás tu diciendo, vieja chola! ¿Qué vida ni qué ocho cuartos! Porque diga que está grave, ya vás tú á suponer...

—Señorito, si yo no... ¡Dios nos libre!

—¡Cóila, cóila!—rezongaba Hilario.

—Siempre irían en una de esas máquinas condenadas como la del señorito.

—Esas no se llaman coches—objetó el criado. —Y ahí lo reza bien claro: fué en un coche. Ya se sabe lo que es un coche... Quié decirse que pue ser mayor ó menor pero coche ya se sabe lo que es...

Pedro, sin aguardar el fin de aquel luminoso discurso, echó á andar lentamente hacia la casa.

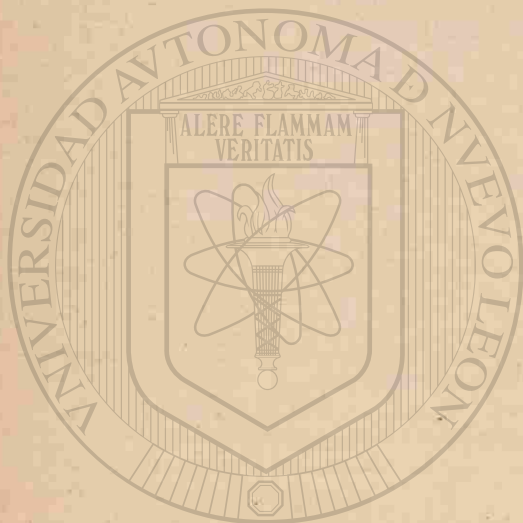
Guiaba sus pasos ese instintivo impulso que nos lleva á negar á nuestros ojos la alegría del sol cuando en nuestro corazón se ha hecho noche. Ningún hombre infeliz soporta de buen grado ese contraste entre las sombras de su mente y la luz alegre y reidora de un cielo sereno. Recógese al hogar, y en él á lo más apartado y sombrío, cual si su desdicha le hiciese indigno de formar en el risueño cuadro de la creación animada; apártase de la fiesta como un herido, y allá á sus solas se las entiende con la pena.

El dolor, por otra parte, cuando llega de visita, no gusta de ser recibido de cualquier modo, de pié y en la puerta, sino que quiere ser conducido adentro, sentarse en el estrado, y que se le atienda y escuche largamente.

Y no es acaso orgullo de gran señor, como muy bien pudiera tenerle, hecho á mandar en todo linaje de hombres: es que

este temido huésped, á quien en vano queríamos despedir de nuestros umbrales, trae otra misión secreta de otro señor más alto, y fué declarado noble desde que acompañó en su vida mortal al Hijo de Dios.

Pedro de Rudagüera era de los que saben honrar al huésped; pero era hombre, y hombre á quien dolían los golpes dados en el alma como dados en parte ya de ordinario dolorida.



XX

Paseaba, paseaba á lo largo de su gabinete, y, no bastándole el gabinete, abrió la puerta que daba al salón y por él siguió paseando, como si tratase de rendir su pena á fuerza de zarandearla de un extremo á otro de la casa.

A ratos detenía la marcha y se quedaba mirando hacia alguno de los muros; no parecía sino que esperaba ver aparecer escrita en él la respuesta á aquella desconsolada pregunta que el desdichado se hacía:

Pero ¿cómo ha podido ser esto?

En esta única fórmula se condensaban todas sus cavilaciones, á ella confluían todas, y vestidas de ella bajaban á la boca para ser expresadas. Diríase que en aquel

cerebro, como en el de un afásico, no había quedado útil más que una frase, y que con ella sola tenían que arreglarse para salir á la calle cuantas ideas en él germinasen, como hermanas pobres que no disponen más que de un solo tocado para todas.

—¿Cómo ha sido esto?— se preguntaba Pedro: y claro está que no quería preguntar cómo puede ser que una señorita salga á pasear en coche, ni que el coche vuelque, ni que una de las personas que en él van resulte herida á consecuencia del vuelco. Lo que preguntaba Pedro, lo que el triste no alcanzaba á entender, era cómo un sueño tan acariciado por un alma, tan mimado por ella, tan hecho parte de su esencia y de su vida, puede verse desvanecido en un segundo, tan de pronto y tan inesperadamente, tan sin que el alma hubiese presentado nada.

Quería decir Pedro, al preguntar aquello, que el duelo que le agobiaba debería de ir á afligir á quien por ambicioso le hubiere merecido. Pensaba que penas como aquellas debieran ser castigo de esos codiciosos de dicha, que de cada día que llega quieren hacer su paraíso y de cada mujer que ven su ventura. Pero él, que había cerrado hacía tanto tiempo, no sabía si viril o cobardemente, las puertas del alma á todo balago de la ilusión; él, que durante tantos días se había defendido de aquel mismo

afecto, que al fin había venido á ser decisivo en su vida, él no debiera ser atormentado de tan cruel manera.

Pedro no encontraba razón para su dolor, como no la encontrabas tú, lector de LA GOLONDRINA, para ese otro que hace poco visitó tu celda, como no la he encontrado yo para los muchos que me han nublado los días mejores...

El encontrarla viene luego, cuando ya el dolor va cediendo en su violencia y, libre de su niebla el entendimiento, comienza á entrever algo de la sublime economía que gobierna el mundo, y que nada hace sin justa causa ni sin fin bueno. El encontrarla viene luego; mas, al invadirnos, todo dolor nos parece injusto. Acaso es preciso para que de veras duela.

¡Qué tristes horas rodaron sobre la frente del solitario Rudagüera! Paseaba, paseaba á lo largo del salón y del gabinete, y, contemplando tristemente los retratos que pendían de las paredes, preguntaba á aquellos hombres, que habían llevado en sus venas la misma sangre que él y que habían sentido con iguales nervios, si habían experimentado alguna vez un desconsuelo semejante al que le apretaba el pecho.

En vano encomendaba á Dios su pena, ya para que la remediara, como en su omnipotencia podía, ya para que se la pesase á su favor en el día de las justicias. Su es-

píritu, lo más alto de él, *estaba pronto*, pero ¿quién aquietaba el resto? ¿quién daba paz al hombre flaco, enamorado y mísero?

Paró de pronto en sus paseos y se dijo: «Yo necesito saber más detalles, saberlos todos, tener algo con qué formar mi juicio... Y si para mañana no recibo noticias mejores, me voy yo á buscarlas... ¿Será discreto esto? Creo que nuestra amistad me da licencia para este viaje... Y, en fin, discreto ó no, yo lo hago. ¿Acaso es discreción morir-se de ansiedad?»

Entreabrió la puerta y gritó:

—¡Hilario!

XXI

En vez de Hilario acudió Sinda.

La pobre mujer, ya que el respeto la impediese entrar á consolar á su amo, creyó deber suyo situarse lo más cerca posible de aquel dolor, que lo era de toda la casa; y así iba espiando á Pedro en su triste peregrinación por las silenciosas salas, pronta á correr á su lado en cuanto la necesitase.

¿Qué adentro sentía la honrada sirvienta el duelo de su amo! Deseando estaba un pretexto para entrar y decirle algo: no sabía ella qué le había de decir, pero imaginaba que lo que su rudeza la negara en aquel trance, se lo suministraría en abundancia su corazón.

Por eso, aunque la llamada no iba con

ella, presentóse inmediatamente á su amo.

—¿Qué quería, señorito? ¿Le valgo yo?

—No. ¿Dónde está Hilario?

—Abajo anda; voy á llamarle.

Tampoco debía andar muy lejos el criado, porque vino enseguida.

—Preparate para ir á la estación—le dijo Pedro.

—Volando.

Desapareció Hilario; Sinda quedó junto á la puerta, y el afligido caballero siguió paseando y hablando sólo.

—Sí, voy á poner un telegrama: no es posible seguir en esta ansiedad.

Se acercó á su mesa, revelando, al sentarse, el esfuerzo que en su inquietud nerviosa le costaba hacerlo, y, asiendo del primer papel que su ciega mano encontrara, comenzó á escribir.

—Yo comprendo—se dijo, parando de pronto—que la pobre Anita no estará para andar dando tanta noticia como yo quiero, pero no puedo pasar sin ellas.

Acabó, en fin, de redactar el parte, y al alzar la vista buscando á Hilario, de cuya salida no se había enterado, se encontró con la pobre Sinda, que ni á respirar se atrevía mientras el señor necesitase, ó apeteciese al menos, el silencio.

—¡Sinda, nosotros que estábamos disponiéndolo todo con tal afán!... Pero ¿tú has visto?

—No se acongoje todavía, señorito. ¡Quién sabe!

—¿Dónde fué ese?

—Ha debido de ir á cambiarse de ropa.

—Que se deje de eso; anda, llámale.

Pero cuando Sinda iba á salir en su busca, apareció Hilario, acabando de meterse muy de prisa una chaqueta dominguera con que había sustituido la de faena.

—Toma—dijo Pedro, dándole la hoja en que acababa de escribir.—Monta y lleva esto al señor jefe. Le dices que me haga el favor de transmitirlo enseguida; que se lo suplico muy encarecidamente.

—Volando.

Hilario ya no sabía decir más que esto y *cóila*.

Volvió Pedro á sus paseos y á sus monólogos, y Sinda á mirarle y á desear decirle algo, y á callarse como una muerta. Mas como él llegara á exclamar: ¡Herida, Dios mío, herida! la vieja se coló por esta rendija.

—Señorito, no se apure, que tóo ello no será nada.

El señorito no contestó por de pronto, pero al cabo de unos momentos repuso:

—¡Nada! Y si no fuera nada, iban á poner «estado grave.»

—Mire, si ha sido en la cabeza...

—¿Qué sé yo dónde ha sido! ¡Déjame en paz!... ¡Si no quiero pensar que haya sido en ninguna parte!

—No; lo decía porque en eso de golpes en la cabeza he visto yo horror de ellos. Y como si tal cosa. Como de momento no se queden en el sitio...

—¡Mujer, no digas sandeces!

—Me lo pue creer, señorito... Y ya ve que la señorita viva está á Dios gracias, que ahí lo pone. Pues quiere decirse que será cuestión de más tiempo ó de menos tiempo, pero al fin... ¡La pobre! Dios la pondrá buena, señorito, que seremos muchos á pedirselo... Toos los que ella ha favoreció. ¡Ya ve si son gente!

Al llegar aquí, la voz de Sinda ya no sonaba tan serena como cuando había empezado á hablar.

—Sí;—contestó Pedro, parándose delante de ella—tú crees que no habrá sido nada, pero á buena cuenta ya estás mojando el ojo.

Sinda, sorprendida en su delito, hizo que se ponía á mirar al través de una ventana algo que pasara en la huerta; pero nada vió de ella, porque las brumas que aquel día faltaban en el cielo, limpio y hermoso, las tenía la honrada mujer en los ojos.

XXII

Oyóse en esto la voz de Rosuca, que venía cantando una copla de la tierra. No sonaba, como dicen, á cascada de perlas cayendo en bandejas de plata, sino á rumor de agua de fuente, que se va riendo al saltar de piedra en piedra por el monte abajo.

Sinda, al oirla, se dirigió rápidamente al pasillo, donde atajó á la chiqueta sacudiéndola por un brazo y diciéndola en voz baja y contenida:

— ¡Calla, diablo!

Ya callo. ¡Madre, qué mujer!

Se quedó Rosuca algo aturdida ante aquel agrio mandato, sin alcanzar porqué se le hacía en aquel tono tan misterioso y apremiante.

—Pero ¿no sabes lo que pasa?

—¿Qué pasa?

—Que está muy mala la señorita Mercedes.

Ahora sí que la muchacha se quedó aturrida. Miró á Sinda fijamente, —á Sinda, que reñía á todas horas, pero que no mentía á ninguna— y, después de estar un rato dudando si dejaría entrar en sí una noticia tan triste, dijo á aquella:

—¡Engañosa!

—Que es verdad.

—Bah, bah, no me rompa la cabeza— contestó la niña, pero poniéndose cada vez más pálida.

—No seas terca...

Como este diálogo pasaba muy cerca del gabinete de Pedro, llegó á éste el rumor de las voces y, asomándose á la puerta, dijo á las mujeres:

—¿Qué estáis ahí cuchicheando? Lo que tengáis que decir, decidlo alto. Todo lo que se piense sobre el caso, quiero yo saberlo.

Rosuca, al oír decir esto al señorito y verle la cara, ya no dudó y abrió á la noticia triste, presentándola el pecho como pudiera al cuchillo del cirujano.

Y la noticia triste debió sorberla, como vampiro, la sangre toda, porque entonces sí que se puso pálida la pobre clavellina: se puso como la muerte.

XXIII

A la tarde el médico y el cura fueron, como de costumbre, á ver á Rudagüera, bien ajenos de que una gran tribulación aquejaba á su buen amigo. Llegaron juntos, del brazo y riendo.

Pedro intentó un esfuerzo de disimulo y trató de recibirlos bromeando. Era tan grande el estrago que la funesta noticia había hecho en su alma, que sintió vergüenza de que sus amigos le vieran en tan gran ruina moral., ¡Quién sabe! Acaso las primeras noticias que llegaran, contestando al despacho que acababa de poner, fueran de mejores sucesos y devolvieran al corazón un poco de calma. Entre tanto ¡á qué mostrarse ante nadie—él, que presumía de

fuerte—tan miserablemente triste y acobardado?

Ante sus criados no le importaba tanto dejar ver su aflicción. Por la casa de Rudagüera pasaba con gran lentitud el tiempo, y aún no era llegada la hora de que los criados dejaran allí de ser familia, y, así, conservaban el derecho de llorar con las desdichas de su señor, como el de alegrarse con sus venturas. Allí todavía, en las ocasiones supremas de la vida, la casa no tenía más que un alma, grande porque era la suma de varias, todas fieles, y con ella celebraba ó plañía los triunfos ó las desdichas del linaje. Ignorábanse allí todavía los modos nuevos del hogar al uso, y era desconocido el contraste que forma la pena comprimida y ahogada entre la seda del gabinete con las risas y charloteos de la antecámara ó la cocina, por lo mismo que en éstas no había desdicha ni miseria que tuviera que remediarse sola ni desamparada de los amos.

Ni le hubiera sido posible ante sus servidores el disimulo. Habían visto al señor en el momento de ser herido; habían oído el golpe que el dolor había descargado sobre su cabeza. Bastante había hecho Pedro con tenerse en pie delante de ellos.

Al intentar ahora recatar su pena de los otros, se olvidaba de que eran un cura y un médico los que entraban. No eran co-

merciantes, que le hubieran mirado á la ropa y al decorado de la estancia para hacer sus deducciones; no eran hombres de letras, que sólo se miran á sí mismos y llenan con su *yo* la conversación y el aposento. Eran dos hombres de los que leen en las caras, de los que andan espionando los ojos y las frentes, buscando tras de ellos cada uno á un enemigo distinto. Eran dos que ya sabían cuán fácil sea vestir de máscara á las palabras, hechos á no fiar de ellas, y á guiarse en sus exámenes de gentes no tanto por lo que ellas les dijeran como por lo que ellos entendieran.

Cambiadas las primeras palabras, que en el de casa fueron alborotadas y de tumultuoso regocijo, ya adivinaron Robustiano y D. Marcelino que allí pasaba algo. Pedro no era así nunca, por lo menos «al principio de dicción»; aunque sazonado y ameno en su trato, había siempre en éste serenidad y reposo, y hasta, para un oyente experto, cierto dejo de melancolía. Por querer probar mucho en esta ocasión no probada nada, y todo aquel aparato de alegría convertíase en el primer delator de sus angustias.

El cura llegó á decir:

—Le encuentro á V. tan alegre que me temo que le haya sucedido algo desagradable.

—Y viva la lógica de este escolástico— contestó Pedro metiéndolo á barato.

—Ya, ya—refunfuñó Robustiano.—Estoy con el cura.

—Pues que viva también el ojo clínico del medicastro.

Dio á la conversación un quiebro, y habló de si el jabali había ó no bajado ya á la mies del *Cintón*; luego preguntó mil cosas al médico sobre el perro cuya compra había ido á tratar aquella mañana.

Más al cabo vino lo inevitable. Se nombró á la *Golondrina*, cuya venida, como ya se vió anteriormente, á todos complacía, y á Pedro se le mudó el color. Aquel dulce nombre, que siempre evocaba en él una risueña imagen, con tal vigor que casi le turbaba, la evocó ahora ensangrentada y exánime, recogida entre el polvo de un camino, fijos y sin brillo los soberanos ojos en que se prendían las almas como mariposas en la red. Y la intención vino á quedar por debajo de los nervios del enamorado, á quien casi tuvieron que socorrer materialmente los dos visitantes.

Mostróles el telegrama, que en ambos produjo muy penosa impresión, aunque mayor hubo de producirse la profunda herida que en su amigo descubrieron. Asistieron con sus consuelos, los cuales, como del corazón eran salidos, al corazón llegaron y fueron para Pedro como bálsamo, al

menos, que, si no cura el mal le adormece y mitiga temporalmente.

Estuvieron con él hasta muy tarde: ya había tocido las doce el reloj del comedor cuando salía el médico guiando al cura, y



éste pidiendo á Dios que los guiara á todos. ®

Una vez en la calle, aquellos dos hombres buenos, que nunca discutían cuando trataban en el bien del prójimo, se comunicaron sus pensamientos, y resultó que

era el mismo el dominante en ambos cerebros.

—¿Sabe usted—comenzó D. Marcelino—que, con ser tan lamentable la noticia que se nos ha dado, todavía va á ser lo que menos nos preocupe?

—Sí señor; lo peor es lo otro.

—Es decir, él, Pedro. ¿No es eso?

—Eso.

—Es hombre en quien me parecen muy peligrosas las sacudidas del ánimo.

—Mucho.

—¿Teme usted?

—Lo temo todo.

—¿De veras?... ¡Dios mío, alejad de él esa hora!

Y fué tanta la emoción del pobre señor, que Robustiano tuvo necesidad de consolarle.

Finalmente le dejó en su casa, que era la que primero se encontraba, y siguió el médico hacia la suya. Al quedarse solo, el leal amigo pudo preguntarse á sí mismo:

—Y á mí; ¿quién me consuela?

Porque verdaderamente su pena era muy honda. Quería á Pedro como quiere un valiente á otro, y á la *Golondrina* como á cosa de Pedro. Pero á aquel hombre, modelo de hombres, le consolaba su propia naturaleza, fuerte arriba y abajo, en el cuerpo y en el alma, en donde hiciera falta serlo.

XXIV

¡También era calma la de la dichosa Anita! ¡Ni que hubiera conocido ayer á Pedro, para ignorar que á hombres como él puede matarlos muy á gusto y sin ningún esfuerzo la impaciencia!

Cuatro días iban á cumplirse desde aquél, tan claro y limpio en el cielo, tan negro en la casa, en que se recibió la noticia de la desgracia. ¿Porqué los había dejado pasar Radagüera sin ponerse en camino para Cádiz? Porque iba á hacerlo todos los días... y no lo hacía nunca; porque siempre esperaba lo imposible, una carta, un telegrama, que desmintieran *aquello*, que contaran, por lo menos, que la alarma había sido infundada... porque la indeci-

sión, en fin, era de la psicología de aquel hombre, como el volar es de la del pájaro.

Vaya, gracias á Dios que vino la contestación. Se explica su tardanza: es que no trae malas noticias.

Sin afirmar de una manera terminante que hubiera pasado el peligro, Anita daba en su nuevo telegrama alguna esperanza de mejoría. La situación había variado algo, en sentido favorable, durante las últimas veinticuatro horas.

Un despacho telegráfico no viene á ser más que el esqueleto de una noticia: quien no guste de roer huesos no debe leerle. Este que acababa de llegar de Andalucía no contaba, como tampoco el primero, detalle ni circunstancia algunos del doloroso trance. A quien desde larga distancia sigue angustiado el curso de una de estas desdichas, se le figura en su ansiedad que en sabiendo todos los pormenores del caso ha de poder influir, sin duda por arte de magia, en su pronto remedio y terminación. ¿Qué hubiera sacado Pedro de saber como pasó el accidente, ni dónde la adorada niña estaba herida, ni á qué lugar la habían llevado desde el que fué teatro del suceso? ¿Acaso imagina el amante que cuanto más sepa del sér amado, más cerca de él se encuentra.

Como quiera que fuere, estas noticias últimas trajeron una sombra de sosiego al

agitado espíritu de Rudagüera. Llegaron en la mañana del domingo, cuando se disponía á ir á misa.

No desmintió en esta ocasión la gente aldeana su fama de curiosa. En cuanto hubo entrado Pedro en la iglesia, con más recato los unos, los otros más de frente, casi todos los que en ella había se volvieron á mirar al caballero. Había ya andado la noticia de la desgracia el poco camino que era preciso andar para enterar á todo el pueblo, y, dicho sea en honor de éste, por todo él había labrado una huella de pesar. Todos recordaban con afecto á aquella señorita tan *parcial* y tan guapa, tan gustosa de los usos y gentes de la tierra, tan sin orgullo ni melindres; y todos habían adivinado—para eso eran montañeses—que la dama, en cada viaje de regreso, se llevaba para allá un pedazo mayor de la entraña de su huésped. Por eso sentían ahora tal comecón de mirar á éste á la cara, y de leer en ella la confirmación de su sospecha. Y la cara debió dejarlos satisfechos, con las huellas que mostraba de la atroz borrasca que durante cinco días había sacudido á su dueño.

Ocupado éste en combatir su preocupación y ver de atender á la misa, apenas paró mientes en el examen de que era objeto. Nada conseguía en punto á sujetar su pensamiento: asiale un instante y se le vol-

vía á escapar como mariposa mal cogida. De pronto reparó en que D. Marcelino se había colocado á uno de los lados del altar, en la actitud de dirigir la palabra al pueblo, y le oyó que hablaba de ella.

—«Todos la conocéis;—decía el piadoso y discreto varón—á todos ha alcanzado el beneficio de su caridad; todos sabéis de su juventud lozana, de su clara inteligencia, de su santo amor á los pobres... Era grata á Dios, y Dios, en sus inexcrutables designios, ha permitido que un lastimoso accidente ponga en riesgo su vida. Quizá pase pronto el peligro; quizá haya pasado; quizá no haya querido el Señor sino averiguar con esta ocasión cuánto la amábamos y la agradecíamos sus bondades. Yo os pido, mis queridos hermanos, vuestras oraciones para que Aquél en cuyas manos está, como el nuestro, el destino de esa privilegiada criatura, se digne devolverla sana al amor de todos nosotros.»

Arrodilláronse los fieles; la voz del Párroco temblaba mojada en llanto al guiar el *Padre Nuestro*, que contestó casi á gritos la gente. También lloraban no pocas mujeres, y también se vieron surcar en silencio algunas lágrimas las rugosas mejillas de más de un aldeano viejo, de alguno en cuya puerta se apareció á deshora la bendita doncella y ahuyentó á la miseria, próxima ya á ganar el dintel. ¡La miseria de un viejo,

lo más triste que ha podido inventar el consuelo humano!

Pedro, postrado en el fondo de su capilla, no pensó en ocultar su emoción, y la luz de los consuelos divinos, dando de lleno sobre su pena, la mostró grande, pero cristiana y no desesperada... Rezó en alta voz como los demás, y era tan apremiante la súplica que en su oración aleteaba que su acento conmovió á todos, y una invisible ola de caliente afecto envolvió á aquel hermano afligido...

Cuando acabó el Sacrificio, llegóse Rudagüera á la sacristía y, alcanzando al cura, cogióle una mano y la llevó á los labios. Nada podía decirle si había de conservar la serenidad que, mediante un gran esfuerzo, acababa de recobrar.

La tarde transcurrió triste. Llovía: agua menuda, no chaparrón de verano. Este distrae con el ruido y la algazara que promueve: hace correr, riendo, á los chiquillos y á las mozelas: toca el tambor en los cristales: tira las gotas contra la piedra y las hace saltar como pelotas... La otra se viene como la muerte, *tan callando*; cae sin trenga ni sonido, empapando el aire, la tierra, las ropas, el alma... ¡Qué tarde de Julio! Tal humedad llegó á extender por la atmósfera que vino á hacer un frío de Noviembre.

Pasada la tensión en que le puso la es-

cena de la iglesia, alcanzó á Pedro el deprimente influjo del mal tiempo, y, quieto tras de una ventana de su cuarto, miraba cómo iba la lluvia borrando con su esponja todos los términos del paisaje, cuanto el sol de la mañana había pintado con tal esmero sobre el horizonte.

A buen seguro que si le hubiera cogido en el monte el agua, donde le hubiese mojado bien, donde no hubiese tenido techo que le amparase, no se le hubiera entrado como ahora en el espíritu. Pero las penas meten al hombre en casa, y el hombre en la casa no es nada; como que no fué hecha para él.

XXV

Mucho impermeable era aquél para tan poco hombre; bien claro se veía que no era suya la prenda, ó que, por lo menos, no lo había sido *ab ovo*. El hombrecillo quería correr, pero el enorme balandrán no le dejaba, ya pegándosele á las piernas y robándole velocidad, ó bien metiéndole traidoramente bajo los pies el borde de la falda, para ver si le hacía ir de cabeza. En fin, que se portaba con él el impermeable como dicen que hace el caballo de raza cuando un mal jinete le hecha las piernas.

Y debía urgir el recado que el ordenanza llevaba, porque el jefe le había dicho, cuando más llovía y á pesar de que la noche se echaba encima:

cena de la iglesia, alcanzó á Pedro el deprimente influjo del mal tiempo, y, quieto tras de una ventana de su cuarto, miraba cómo iba la lluvia borrando con su esponja todos los términos del paisaje, cuanto el sol de la mañana había pintado con tal esmero sobre el horizonte.

A buen seguro que si le hubiera cogido en el monte el agua, donde le hubiese mojado bien, donde no hubiese tenido techo que le amparase, no se le hubiera entrado como ahora en el espíritu. Pero las penas meten al hombre en casa, y el hombre en la casa no es nada; como que no fué hecha para él.

XXV

Mucho impermeable era aquél para tan poco hombre; bien claro se veía que no era suya la prenda, ó que, por lo menos, no lo había sido *ab ovo*. El hombrecillo quería correr, pero el enorme balandrán no le dejaba, ya pegándosele á las piernas y robándole velocidad, ó bien metiéndole traidoramente bajo los pies el borde de la falda, para ver si le hacía ir de cabeza. En fin, que se portaba con él el impermeable como dicen que hace el caballo de raza cuando un mal jinete le hecha las piernas.

Y debía urgir el recado que el ordenanza llevaba, porque el jefe le había dicho, cuando más llovía y á pesar de que la noche se echaba encima:

—Lleva esto corriendo al Sr. D. Pedro. Toma, ponte mi impermeable, *aunque sea*.

Corrió el hombre lo que pudo, llegando á la casa de Rudagüera al mismo tiempo que la noche. Ambos viajeros venían sombríos, cubiertos de negro y chorreando agua. Los habitantes del caserón los recibieron recelosos, temiendo de aquella prisa y aquella negrura.

Hilario fue quien abrió al ordenanza y quien tomó de sus manos el nuevo telegrama. Al pie de la escalera topó con Sinda que bajaba y la dijo:

—Otro parte.

—¡Ay, Lario! ¿Qué dirá?

—Pues yo creo, mujer, que nada malo. Ya sabes que el último que vino...

Y, con la disculpa tácita de llegar pronto al cuarto del amo, no acabó la frase. Hilario no creía que el parte de ahora trajera buenas noticias. ¿Qué razones tenía para ello? Ninguna; mas no sólo de razones vive el juicio.

El amo, que ya no veía nada al través de su ventana, seguía, no obstante, mirando por ella cuando la entrada del criado, y de Sinda que le había seguido, vinieron á sacarle de su abstracción.

Entregado el papel y encendida la luz, Pedro leyó para sí el parte.

—¡Muerta!—dijo luego. Y lo dijo con tal acento de terror, que los criados avanzaron

hacia él instintivamente, como para defenderle... ¡Ay! ¿De quién?

Hilario se atrevió á hablar el primero.

—¡Señor! ¿Qué dice? ¡Si eso no pue Dios permitirlo!

—¡Mi golondrina muerta!

Por si algo faltaba para complicar la situación, llegó al gabinete Rosuca, á quien ya la noche había olido á tierra mojada y á sucesos tristes. Entró á tiempo de oír á su señor la frase que se ha copiado. El espanto y el respeto clavarón los piés á la pobre niña y ataron su lengua; abrió mucho los ojos, miró á todos y sólo después de un rato pudo preguntar á Sinda:

—Pero diga ¿es verdad?

—Sí, hijuca, sí—contestó la vieja—¡Válgame Dios! ¿No hay horas bien desgraciadas?

Mas Rosuca no soltó allí la voz á su desconsuelo, adivinando acaso que otro todavía mayor que el suyo reclamaba silencio. Conque salióse al pasillo, y allí, arrimada á uno de los muros, vertió callando las primeras lágrimas de mujer, las que ya no acierta á secar del todo el sol de las siguientes alegrías.

De pronto Pedro, que estaba en pie, llevóse la mano á la frente como si sintiera un vértigo, y corrió Hilario á asistirle.

—¿Qué le da al señor?—le preguntó.

—Nada; no me da nada, desgraciadamente.

—¡No diga eso, señor! Vaya, que á usted nunca le ha faltao el ánimo.

Aunque nada le había dado al señorito, Sinda, en parte con gestos y en parte empujándole suavemente, no paró hasta que, sin darse el cuenta, le hizo sentar en el viejo sillón de cuero que había frente á la mesa.

Nada se oyó en un rato, como no fueran unos abogados sollozos que á veces llegaban de hacia el pasillo.

—¿Quién llora ahí?—dijo por fin el amo.

—Es la Rosuca, señor,—respondió Hilario.

—Y tú también... Y Sinda. Todos lloráis... ¡Bien hecho, que se la debe de justicia!... ¡Mi golondrina muerta!

—La voluntad de Dios. ¿Qué le va á hacer? Tenga ánimo, señor.

El leal sirviente se devanaba los sesos para inventar un consuelo... ¡Vaya con el que al fin se le ocurrió!

—Tenga ánimo, señor—volvió á decir.—Mucha desgracia es; pero al cabo... ya el refrán lo dice: «una golondrina no hace verano».

—¡Bestial!... No hace verano, no, que hace la vida entera... ¡Castigo de Dios, porque pensé en enjaularla!

Retiróse Hilario hacia el fondo de la es-

tancia, no avergonzado, sino dolido del mal éxito de sus consolaciones, y dijo al ama por lo bajo:

—Lo que hicíamos, Sinda: que se le había agarrao á la entraña.

—¡Y á todos, Lario!

—Sí, pero no compares.

Volvió á sonar la voz del señor: parecía tranquila.

—Ya veis lo alto que está esto. Sólo hay otro monte que suba más arriba. ¿No es cierto?

—Cierto es, señor.

—Pues no era bastante alto para ella y ha ido á colgar su nido al cielo.

—Verdá, señorito, verdá—gimió Sinda.

—¡Pobre niña mía!—siguió diciendo Pedro. Ahora conozco yo con qué ansias te aguardaba; ahora conozco que la esperanza de tu vuelta era lo que me hacía soportar impávido el frío del invierno y el desencanto de los años... ¡Muerta la Golondrina! ¡Ay, caserón viejo, quién volverá de hoy más á alegrar tus ventanas!

Ocultó el rostro entre las manos, y los criados se miraron en silencio como preguntándose si su presencia allí seguía siendo oportuna; luego se alejaron lentamente, y se volvían á veces para mirar al través de las lágrimas á su amo.

En el pasillo hubo enseguida rumor de

euchicheos: sin duda los que salían querían llevarse de allí á Rosuca...



Poco después no se oía en la casa sino el manso llorar de la niña pálida y el manso llover de la noche triste.

FIN DE "LA GOLONDRINA,,"

Sres. Patronos de la BIBLIOTECA PATRIA DE OBRAS PREMIADAS, que han ofrecido sumas para la creación, sostenimiento y concursos de la misma.

PATRONATO PRINCIPAL

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, 500 pesetas.
Excmo. Sr. Conde de Bernar, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de San Bernardo, 500 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de Canilleros, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

Excmo. Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, 300 ptas.
Excmo. Sr. Conde de Mejorada, 75 id.
Sr. D. José de Amézola, 100 id.
Sr. D. Pedro Alava y Velasco, 50 id.
Sr. D. Tomás Gómez Acebo, 25 id.
Sr. D. Santiago Bianchi, 25 id.
Sr. D. José Ricart y Roca, 60, id.
Sr. D. Nemesio Carrasco y Carvajal, 50 id.
Sr. D. Joaquín Borrás y de March, 100 id.
Sr. D. Carlos de Thena, 100 id.
Sr. D. Antonio Zambrano y Vargas Zúñiga, 100 id.
Sr. D. Luciano Alcón y de Vicente, 25 id.
Excmo. Sr. Marqués de Montefuerte, 25 id.
Sr. D. Juan Tusquets y Pallós, 50 id.
Sr. D. Roberto Gómez Igual, 50 id.
Sr. D. Juan A. Hernández del Aguila, 25 id.
Sr. D. Rafael Rodríguez Torres, 25 id.
Sr. D. Eloy Lamamié de Clairac, 25 id.
Sr. D. Ignacio Zubasti, 25 id.

Sr. D. Felipe Gutiérrez Villoldo, 25 id.
 Sr. D. Eusebio Iranzo, 25 id.
 Stas. María y Manuela del Piélago, 250 id.
 Sr. D. Francisco de P. Benessat, 100 id.
 Sr. D. Lorenzo Pérez y Pérez, 50 id.
 Sr. D. José de Pareja y de Pareja, 100 id.
 Sr. D. Lucas Marsella, 50 id.
 Excmo. Sr. Barón de Sastrategui, 100 id.
 Sr. D. José Vallés Ibern, 50 id.
 Sr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda, 50 id.
 Sr. D. Vicente Albert, 25 id.
 Excmo. Sr. D. Eduardo Sanz y Escartín, 25 id.
 Sr. D. Salvador Díez, 25 id.
 Ilmo. Sr. D. José Díez de Rivera y Muro, 50 id.
 Sr. D. José Cardona, 25 id.
 Sr. D. Francisca Sert, 100 id.
 Sr. D. Juan Vivas Pérez, 50 id.
 Sr. D. Andrés Sánchez Villalobos, 25 id.
 Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, 150 id.
 Sr. D. Remigio Vidaurreta, 25 id.
 Sr. D. Raimundo del Río López, 25 id.
 Casino de la Amistad de Barbastró, 25 id.
 Sr. D. Joaquín Orús, 25 id.
 Sra. D.^a Vicenta Martínez, Viuda de Fernández, 25 id.
 Sr. D. José Lora Pulgarín, 25 id.
 Sr. D. Joaquín Lizasoain, 100 id.
 Sra. D.^a Socorro Sánchez, Viuda de García, 50 id.
 Sr. D. Faustino Bardón, 25 id.
 Sr. D. Cristóbal Romero Sánchez, 25 id.
 Sr. D. Ricardo Domínguez, 25 id.
 Sr. D. Juan Díaz Quesada, 25 id.
 Sr. D. Salvador Mestre y Parra, 25 id.
 Excmo. Sr. D. Santiago López y Díaz de Quijano, 125 id.
 Sr. D. Manuel de Lainz Ruiz, 25 id.
 Excmo. Sra. Condesa Viuda del Val, 100 id.
 Sr. D. Pedro Moro Arquero, 25 id.
 Sr. D. Juan Álvarez del Vallo, 25 id.
 Sr. D. Vicente de Urigüen, 100 id.
 Sr. D. Luis Palahí é Hidalgo de Quintana, 100 id.
 Sr. D. Juan Canal y Gomisans, 25 id.

Sr. D. José Carreira é Hijos, 25 id.
 Sr. D. Antonio Caamaño Martínez, 30 id.
 Sr. D. Claudio González Álvarez, 50 id.
 Sr. D. Vicente Pedregal, 25 id.
 Sr. D. Enrique Grana, 25 id.
 Sr. D. José Nuevo y Palero, 25 id.
 Sr. D. Antonio Giménez Rico, 100 id.
 Sr. D. Gaspar Delgado, 25 id.
 Sr. D. Luis Azcárraga, 25 id.
 Sr. D. Francisco Javier B. Iturrain, 100 id.
 Sr. D. Ramiro Arroyo, 25 id.
 Sra. D.^a Dolores Amézaga del Cerro de Zamora, 25 id.
 Sra. D. José Catá y Blanch, 25 id.
 Sra. D.^a Nicolasa Espárrago, 25 id.
 Sra. D.^a Demetría G. Sampedro, 25 id.
 Sr. D. Saturnino Calderón, 50 id.
 Sr. D. Celestino Méndez Villamil, 50 id.
 Sr. D. Víctor Navarro y de Vicente, 50 id.
 Sr. D. Delfín Donadiu y Puignau, 25 id.
 Sr. D. Pascual Verge, 25 id.
 Sr. D. Antonio Tato, 25 id.
 Sr. D. Ignacio Ilevia Viciella, 50 id.
 Sr. D. Francisco Conder Moratilla, 50 id.
 Sr. D. José Descals y Rovira, 25 id.
 Sr. D. Juan Cabrera Martín, 100 id.
 Sr. D. Luis Alesan Nogués, 25 id.
 Sr. D. Francisco Valdivia y Gómez Bravo, 25 id.
 Sra. D.^a Aurea Hinojal, 25 id.
 Sr. D. Ricardo de Benito, 50 id.
 Sr. D. Pablo Criado León, 25 id.
 Sr. D. Fernando de Huidobro, 25 id.
 Sr. D. Francisco Montero de Espinosa de la Barrera,
 25 idem.
 Sr. D. Fernando M.^a de Ibarra, 50 id.
 Sra. D.^a Agueda Robles, 25 id.
 Sr. D. Servando Martínez del Cerro, 25 id.
 Sr. D. Telesforo Miguel, 25 id.
 Sr. D. Nicomedes Giménez, 25 id.
 Sr. D. Gabriel del Corral y Fernández, 25 id.
 Sr. D. José Calvo Barrios, 50 id.

Sr. D. Antonio López Dóriga y L. Dóriga, 200 id.
 Sr. D. José Martínez Carande, 75 id.
 Sr. D. Plácido L. Acevedo, 50 id.
 Sr. D. Manuel Vázquez Rocas, 25 id.
 Sr. D. Dionisio Ordaz de Castro, 30 id.
 Sr. D. Jaime Pérez Peña, 25 id.
 Sr. D. Baltasar López de Ayala, 60 id.
 Sr. D. Herminio Sáez, 25 id.
 Sr. D. Juan Barcia Caballero, 25 id.
 Sr. D. J. Estrada Muñoz, 25 id.
 Sr. D. Justo A. Huguet Fochs, 25 id.
 Sr. D. José Ramón Mesquera y Osorio, 25 id.
 Sr. D. Francisco Medina Pérez, 25 id.
 Sr. D. Gerónimo Canals Oliver, 25 id.
 Sr. D. Manuel Álvarez Suárez, 40 id.
 Sr. D. José M.^a Torres, 25 id.
 Sr. D. José Manuel Sarasúa, 25 id.
 Sr. D. Enrique Artigot, 25 id.
 Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra, 50 id.
 Sr. D. Ceferino García Román, 25 id.
 Sr. D. Juan José Marmolejo y Buzón, 25 id.
 Sr. D. Gabino F. Felgueroso, 25 id.
 Sr. D. José Antonio Durán y Grueso, 25 id.
 Ilmo. Sr. D. Daniel Arestí, 25 id.
 Sr. D. Ignacio Ostua, 25 id.
 Sr. D. Guillermo Ferragut, 25 id.
 Sr. D. Luis de Villaverde, 50 id.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los amantes de la buena literatura que deseen patrocinar esta obra de regeneración literaria, pueden enviar sus donativos a la Administración de la Biblioteca.

BIBLIOTECA "PATRIA,,

DE

OBRAS PREMIADAS

Obtuvieron premios en el Concurso de 1904, las siguientes:

1.^a «LA GOLONDRINA», novela de D. Enrique Menéndez Pelayo.

2.^a «LA TONTA», novela de D. Ramón de Solano y Polanco.

3.^a «EPISTOLARIO», boceto de novela de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

4.^a «ALMAS DE ACERO», novela de D. José Rogerio Sánchez.

5.^a «LA HIJA DEL USURERO», novela de D. Estanislao Maestre.

6.^a «LA CADENA», novela de D. Manuel Amor Meilán.

7.^a «ENGRACIA», tradición hispano-romana, de D. Rafael Pamplona Escudero, (premio único otorgado al tema segundo del Concurso.)

8.^a Colección de Cuentos de los señores D. E. Menéndez Pelayo, D. Lorenzo Lafuente, D. Ramón de Solano, D. Teodoro Baró y D. S. Trullol y Plana. ®

Están de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas cada tomo.



PRECIO 2 PESETAS